



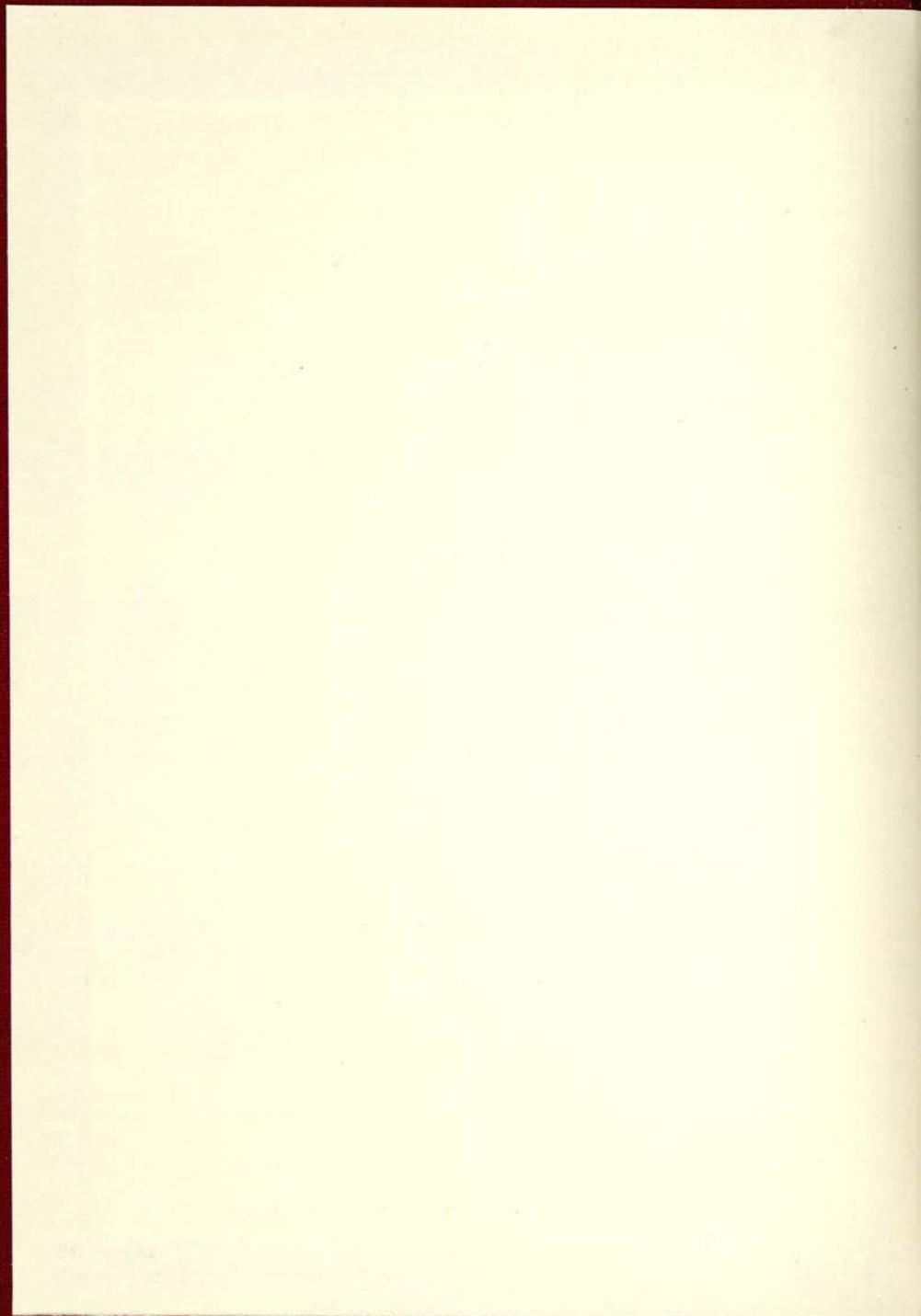
V. DE LA FUENTE  
—  
LA  
VIZCONDESA  
DE  
JORVALAN

FONDO ANTIGUO

**A-1594**

Bib. Regional





A-1594



LA VIZCONDESA  
DE  
JORBALÁN,

EN EL CLAUSTRO

LA MADRE SACRAMENTO,

FUNDADORA

DEL INSTITUTO DE ADORATRICES DEL SANTÍSIMO,

POR

D. VICENTE DE LA FUENTE.



MADRID.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEYRO,  
*Bordadores, 10.*

1884.



R  
65159

LA VIZCONDESA  
DE  
JORBALÁN.





LA VIZCONDESA  
DE  
JORBALÁN,

EN EL CLAUSTRO  
LA MADRE SACRAMENTO,  
FUNDADORA  
DEL INSTITUTO DE ADORATRICES DEL SANTISIMO,  
POR  
D. VICENTE DE LA FUENTE.



MADRID.

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEbro,  
*Bordadores, 10.*

1884.



## DICTAMEN DEL CENSOR.

---

El libro escrito por D. Vicente de la Fuente, que denomina «*La Vizcondesa de Jorbalán, en el claustro la Madre Sacramento, Fundadora de las Adoratrices del Santísimo,*» que por acuerdo de V. S. he examinado, no contiene cosa alguna en oposición con el dogma católico, sana moral y buenas costumbres. Entiendo que su publicación ha de producir excelentes resultados, porque las señoras de levantada posición social encontrarán en la vida de la Vizcondesa de Jorbalán, y de la Madre Sacramento, el resorte para saber hacerse superiores á los atractivos del mundo, ser pobres en medio de la opulencia y atender á las necesidades del menesteroso, con ligeras privaciones; las que han de convertirse muy luego en dulces y suaves consuelos.

No obstante lo dicho, V. S., como siempre, resolverá lo mejor. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 26 de Marzo de 1884.

ANTONIO CHACÓN Y MUÑOZ.



NOS EL DR. D. FRANCISCO GÓMEZ SALAZAR,  
PRESBITERO, TENIENTE VICARIO ECLESIASTICO DE ESTA  
MUY HERÓICA VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado: «*La Vizcondesa de Jorbalán, en el claustro la Madre Sacramento, Fundadora del Instituto de Adoratrices del Santísimo,*» mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid 27 de Marzo de 1884.—DR. SALAZAR.—*Por mandado de S. S., LIC. JUAN MORENO GONZÁLEZ.*



## PRÓLOGO.

---

Hace cuatro años presenté á la Academia de Ciencias morales y políticas, y leí en ella, una breve monografía sobre la importancia de la rehabilitación moral y social de las jóvenes extraviadas, la influencia de la Religión en este concepto, y la del Instituto de las Señoras Adoradoras, fundado por la Vizcondesa de Forbalán con ese objeto (1). Aunque breve, hubo de llamar la atención por la importancia moral del asunto, ya que no por su escaso mérito científico y ninguno literario. Pidiéronme algunos amigos y compañeros que la imprimiera, y hube de hacerlo para regalarla á dichas Señoras, que, con algún reparo, efecto de su habitual modestia, me habían facilitado aquellas noticias, las cuales excitaron el deseo de saber más detalles. Personas piadosas me pidieron que la ampliara, y no pude negarme á sus ruegos y á los deseos manifestados por las hijas de la Vizcondesa de Forbalán de saber las raras peripecias de la vida de ésta, y los extraños caminos por donde Dios la trajo á fundar un Instituto, que en España viniese á satisfacer

---

(1) Un cuadernito en 8.º, de cuarenta páginas, impreso en 1880.

*un fin tan altamente morigerador y social, por medio del influjo de la Religión. Porque, á la verdad, hablar de filosofía y de cultura, y de civilización y educación popular para lograr ese objeto, es bueno para filósofos soñadores y soñolientos; pues una dolorosa experiencia acredita que sin la Religión nada se logra en ese asunto.*

*Era, pues, preciso probar con hechos el resultado benéfico y exclusivo de la Religión para este objeto, y en un libro que fuese ameno al par que instructivo y verídico. Por ese motivo, al escribir la vida de la Vizcondesa de Jorbalán, en sus tres períodos, de aristocrática señora, de religiosa en un colegio, aunque sin regla ni clausura, y la dura transición del un período al otro, durante diez años de privaciones, calumnias, dolores, burlas y tormento, para venir á parar en ser monja y fundadora, viene á resultar un libro de amena lectura, de gran edificación (así lo espero en Dios) para las señoras que viven entre el fausto y opulencia, y aun en dorada medianía. Preséntaseles, al lado de raras aventuras, viajes, riesgos y peligros, un modelo de austeridad, abnegación, penitencia y mortificaciones, viviendo en el mundo, sin querer y sin participar de él, en las Cortes de España, Francia y Bélgica, teniendo los placeres por tormento, las galas encubriendo el silicio, la opulencia como medio de mortificación para no gozar de comodidades, la riqueza para tener que dar. Y después de esos diez años de privaciones y tormento, hallarse monja sin pensar ser monja, Fundadora de un Instituto, después de andar buscando un Instituto al cual ceder su co-*

legio; y luego volver en los seis últimos años de su vida, á los viajes, visitas, trato de personas y autoridades, y á tener que frecuentar la Corte, que creía haber dejado para siempre.

La novela lúbrica é impía invade las casas piadosas y hasta los tocadores de las damas cristianas, con grave perjuicio de su moralidad. En vano se ha tratado de combatirla con la novela cristiana, pues que ésta no tiene ni puede tener el atractivo y alicientes que, por lo común, presenta la ficción inmoral ó impía. Al cambiarle á un pobre una novela mala por otra buena, ó, como suele decirse cristiana, y preguntarle después si le ha gustado, hemos oído decir más de una vez.—Es más sosa que la otra. Y la razón es bien sencilla: el novelista impío no repara en medios ni exageraciones para excitar los dos fines que busca, el placer y la exaltación apasionada, además de la reputación y el interés, que son los móviles personales. Por ese motivo amontona en su relato adulterios, asesinatos, cohechos, desafíos, suicidios, raptos, hurtos, envenenamientos, sobornos, falsificaciones, fraudes, perjurios, seducciones, y todo ello con todos sus detalles, enseñando hasta el modo de hacerlos burlando las leyes y la vigilancia de las autoridades. Pero la novela cristiana no puede tocar estos resortes, ó, si los toca, tiene que hacerlo como quien se quema, y poner al punto el oportuno correctivo, matando quizá el interés que comenzaba á excitar: además ha de reflejar por fuerza la seriedad y la austeridad de la moral cristiana; cuando la otra, por el contrario, prescinde y se burla de ella por lo común.

*La una, semejante á la matrona cristiana, viste con pudor y recato; la otra, cual lasciva cortesana, se presenta haciendo alarde grosero de su provocativa desnudez.*

*El único medio que en España se encuentra para contrarrestar esta maligna influencia, es la lectura de las vidas de los Santos, á que nuestro pueblo, por fortuna, todavía conserva afición. Los milagros y portentos, no solamente no le disgustan y repugnan, como sucede á la raza anglo-sajona, por su frialdad de carácter y roce con el protestantismo, sino que le halagan y atraen por la afición á todo lo extraordinario y prodigioso. Mas entre estas vidas llaman la atención más poderosamente las de aquellas personas que han vivido en el mundo; pues las de anacoretas, cenobitas de ambos sexos, las halla para admiradas, más bien que para imitadas.*

*Cuatro años antes de morir la Vizcondesa, mandóle el P. Félix Cumplido, cuando á la sazón era su Director espiritual, que escribiese su vida, y no tan solo en la parte que pudiera llamarse exterior y pública, sino en la interior y secreta, sin omitir ninguno de los especiales favores que de Dios había recibido. Fuéle esto sumamente sensible y doloroso, pero no tuvo más remedio que obedecer. El Director tenía derecho, y aun necesidad, de conocer ciertos antecedentes de su vida pasada, para saber su regla de conducta para entónces; tanto más, que el P. Cumplido, á quien conocieron muchos que todavía viven, en su carácter franco y desenfadado, como hombre muy conocedor del mundo, no se dejaba impresionar fácilmente por alardes de hipocresía.*

*Escribió , pues , con claridad , sencillez y lisura todo lo que recordaba . Su lenguaje es humilde y sin pretensiones : á veces peca de incorrección , pues como muy versada en el idioma francés , sus giros no siempre son castellanos ni castizos . Estaba léjos de pensar que hubieran de servir más que para su Director y sus hijas .*

*Por aparte , y en otra serie de cuadernos , escribió la Vizcondesa ciertos favores especiales y de orden sobrenatural , de que no es lícito hacer aquí uso , ni pueden ser publicados sino previo especial examen y aprobación más explícita del Ordinario , siquiera se haya dado por éste para lo que se publica en este libro . La Providencia dispondrá lo que tenga por conveniente , y las condiciones y oportunidad las determinarán las Autoridades eclesiásticas , que para ello tienen misión y especial saber . Así que en este libro sólo se publica lo que puede considerarse del orden meramente natural y humano , lo cual puede servir para edificación , ejemplo y modelo de personas piadosas que viven en el mundo , enseñanza de sus hijas las Adoradoras , para formarlas en su espíritu y fortificarlas en el cumplimiento de su regla , algo para la historia contemporánea de la Iglesia , y aun para demostrar á sus enemigos lo mucho que ésta hace por el bien del Estado y la moral pública y privada , en medio de su escasez de recursos y en medio de las persecuciones y difamación que padece .*

*Hablando ella misma de su viaje por Bélgica , Francia y España , para regresar de Bruselas á Madrid , el cual duró ocho meses , pues tenía por objeto la dis-*

*tracción y curación de su cuñada la Sra. Condesa de la Vega del Pozo, asombrada ella misma, al recordar los grandes favores que recibió de Dios, favoreciéndola de modo que pudiera comulgar todos los días, escribe lo siguiente: «Debo decir las cosas tal cual pasaron, para que se vea de qué medios se vale Dios para sacar del mundo un alma como la mía. Poniendo las cosas tal cual pasaron y yo recuerdo, queda mi conciencia muy tranquila, pues obedezco la orden que se me ha dado, de escribir cómo me llevó el Señor hasta ponerme en el caso de hacer las fundaciones y colegios. Y como todo fué obra del Señor, lo digo tal cual pasó, tanto más, que prescindo tanto de mí, que se me figura que no soy yo la que las ha hecho, ó por quien han pasado. Dígolo tal cual lo voy recordando al escribirlas, pues hay cosas que ya las tenía olvidadas y las voy recordando ahora. Las fechas no son fijas, los hechos sí lo son y exactos; pues en esto voy hasta con escrúpulo, procurando su exactitud.»*

*Tales son el motivo y el objeto que se han propuesto las personas que promovieron la idea de que se escribiera y publicara este libro, y los que tuve para encargarme de redactarlo, sintiendo que aquéllas no buscaran para este fin persona más idónea, avisada y discreta.*

---

PARTE PRIMERA.

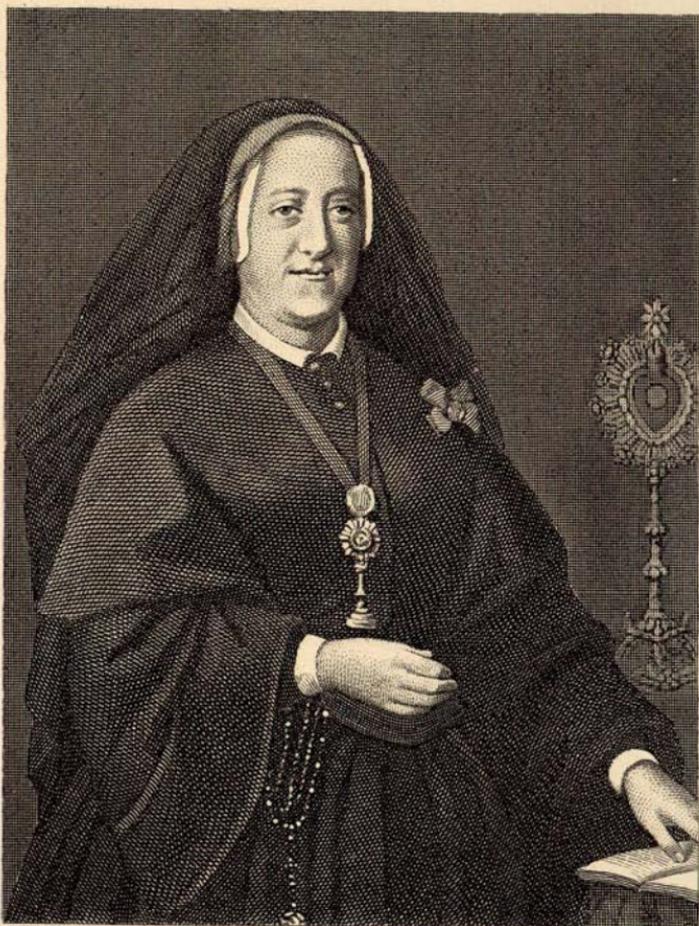
---

LA

VIZCONDESA DE JORBALÁN

EN EL SIGLO.





L. Madrazo lo pintó.

D. Martínez lo grabó.

Michaela Demasítes  
Duquesa de Sorbalan Esclava del  
Smo y de la Caridad





## CAPITULO PRIMERO.

*Patria, padres y familia de la Vizcondesa de Jorbalán :  
su genio é inclinaciones.—Obras de misericordia en los  
primeros años de su vida.*

**C**ALAMITOSOS eran los tiempos en que vino al mundo la noble señora cuya vida, virtudes y peregrinas aventuras nos proponemos escribir. La copia de su partida de bautismo nos excusa el decir nada más acerca de su patria, fecha de su nacimiento é ilustres progenitores.

«En la villa de Madrid á cuatro días del mes de Enero de mil ochocientos nueve, en la iglesia parroquial de San José, yo D. Saturnino Pardo, teniente de Cura de la misma, bauticé solemnemente á María de la Soledad Micaela Aquilina Antonia Bibiana, hija legítima de D. Miguel Desmaisieres y Flórez, Teniente Coronel de los Reales Ejérci-

tos, natural de León, y de Doña Bernarda López de Dicastillo y Olmeda, natural de Madrid: viven calle de la Libertad, número ocho, que dijeron haber nacido en primero de dicho mes y año, y que sus abuelos paternos eran los Excmos. Sres. D. Arnaldo Desmaisieres, Teniente General de los Reales Ejércitos, y Doña María Antonia Flórez, naturales el primero de Trich en Flandes, y la segunda de la Vega de los Viejos; y los maternos los Sres. D. Manuel López de Dicastillo y Doña Bernarda Olmeda y Arce, naturales de Madrid. Fueron padrinos los abuelos paternos, etc.»

El padre de la Vizcondesa entró á servir de cadete en el Regimiento de Reales Guardias Walo-nas, donde había servido el General, su padre, en tiempo del Rey D. Carlos III. Hallóse el cadete D. Miguel en la campaña contra los revolucionarios franceses en la frontera de Cataluña, á las órdenes del General Ricardos, y en ella obtuvo grados y ascensos. Su madre Doña Bernarda había sido camarista de la Reina Doña María Luisa.

Durante la guerra de la Independencia se halló en una multitud de acciones y prestó grandes servicios, llegando á ser reputado por uno de los mejores oficiales de Estado Mayor del ejército en aquel tiempo. Cuando salió de Madrid á incorporarse al ejército, en 1809, dejaba á su mujer con tres hijos pequeños, y recién nacida á su hija Doña Micaela, pues, habiendo nacido ésta en 1.º de Enero de 1809,

tenía ocho meses cuando su padre marchó para entrar en campaña. En una de las acciones que hubo en la Mancha un casco de granada le destrozó un brazo. A pesar de sus muchos, grandes y reconocidos servicios murió de Brigadier, en 1818, sin lograr la faja de General, que tenía pedida y bien ganada.

Después de la muerte de su esposo, Doña Bernarda se retiró á Guadalajara con sus hijos. En cuanto á Doña Micaela, ésta misma describe su genio y carácter en pocas pero expresivas pinceladas. « Dios me dió desde niña un genio dulce y amable, y deseos de ser amiga de la paz con todos. » Como si le amargara decir estas cosas favorables á su carácter, añade á continuación varios defectos, que su humildad probablemente le hizo exagerar, pues se acusa de holgazana, golosa y altanera, vicios que están en contradicción con la mortificación y laboriosidad de que dió pruebas durante toda su vida.

Con la edad y la educación cambió su carácter, adquiriendo gran devoción á la Santísima Virgen, y un genio más compasivo, aunque sin modificar por entonces su aversión á los pobres, no por pobres, sino por sucios, pues era grande su afición á la limpieza. Su madre no le permitió lectura de novelas, ni ella tenía afición á ese género de entretenimiento, pues si le daban á leer alguna buena, solía no concluirla. Decía para sí, que, si aquéllo no era cierto, ¿ qué sacaba con saberlo? En cambio le gustaba mucho leer historia y vidas de Santos,

bordar, hacer novenas y rezar con puntualidad una multitud de devociones, llevando con gran método cierto arreglo de vida, siendo casi esclava de lo que pudiera llamarse *el orden piadoso del día*.

Eran tres hermanas y tenían además un hermano. Los demás, pues habían sido hasta diez, habían fallecido. Su madre había adoptado además una niña, á la cual puso su mismo nombre de Bernarda: alternaba ésta con ellas casi como si fuera otra hermana. Encargóle su madre que la educara y enseñase la Doctrina cristiana, como lo hizo, y de aquí la gran intimidad con ella, pues se adhería á Doña Micaela completamente, al paso que no congeniaban con ellas las otras dos hermanas, aun cuando se amaban entrañablemente.

Comenzaban á señalarse desde su adolescencia las aficiones de su vida, y en ellas el esbozo de lo que ésta había de ser en las miras de la Providencia y los favores de la gracia. Preciso es referir con sus propias palabras la descripción de la escuela que formó en su propio palacio desde joven. «En Guadalajara, dice, tuve algunos años una escuela de doce niñas pobres, que me dejaba mi madre tener en una sala baja, donde Bernarda y yo les enseñábamos la Doctrina, coser, planchar y zurcir. El domingo, en la capilla de casa las colocaba delante de mí para que oyeran Misa con devoción, y en pago las vestía de nuevo, las preparaba para confesar y comulgar, y después que las tenía bien ense-

ñadas, las ponía á servir en casas piadosas, dándoles yo el salario, para vigilarlas mejor, y tenerlas á la vista. Servía esto también de caridad á las amas que no tenían medios para tener criada, y además se las vestía.»

Desde niña, ó adolescente, aparece ya la fundadora de las Adoratrices ejercitando la primera de las obras de misericordia espirituales, «enseñar al que no sabe,» la cual, como primera y principal, las sintetiza á todas, pudiendo decirse de la joven y aristocrática maestra aquellas palabras que la Sagrada Escritura pone en boca de Job: «Desde el principio creció conmigo la misericordia, puesto que nació conmigo al darme á luz mi madre (1).

Mas al par de la enseñanza tan piadosa y espléndidamente ejercida, había también la práctica de otras obras de misericordia corporales, que con aquélla alternaban, tales como la de visitar los enfermos, dar de comer al hambriento y de vestir al desnudo. Place el oírle á ella misma referirlas por obediencia y candorosamente, cual refiere Santa Teresa cómo hacía ella conventitos en la huerta de su casa, en unión con su hermanito Gonzalo. «Cubra, dice, á muchos pobres en mi casa, y mamá

---

(1) *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio, et de utero matris meæ egressa est mecum.* (Job, cap. XXXI, v. 18.)

me daba ropas para ellos, que mis hermanas cosían, por miedo que les tenían y temor de que se les pegasen sus males. Íbame yo con Bernardita por la huerta, y curaba en sus casas á unos baldados, que había cerca de ella, y les hacíamos las sopas y curábamos las llagas, dándoles otras cosas que les hacían falta á los pobres.»

«Durante el cólera (año de 1834) dió mi madre cientos de camisas, que cosíamos todas y las criadas, que eran cinco... De tres á cuatro mil fueron las prendas de ropa, que hube de llevar á las casas que decían los señores párrocos.» Visitaba además á los coléricos y les hablaba de Dios y de la Virgen. En el hospital de los coléricos en Guadalajara hubo de servir de intérprete para que se confesara una pobre señora francesa que cayó allí enferma, viajando con su familia.

Terminada la epidemia del cólera y la estancia veraniega en Guadalajara, regresó con su familia á Madrid, donde continuó sus piadosas prácticas en la forma que podía hacerlo. Asistía á una pobre mujer que tenía un cáncer en la cara, y la curaba por su mano con ayuda de Bernardita, pues decía la enferma que todos los demás le hacían daño, y también le llevaban hilas finas y de pelusa, que hacían entre las dos con gran esmero. Además le pagaba el cuarto, y también á otra familia en que había seis enfermos de la vista. A estos socorros destinaba todos los ahorros de lo que le daba su buena madre. Y

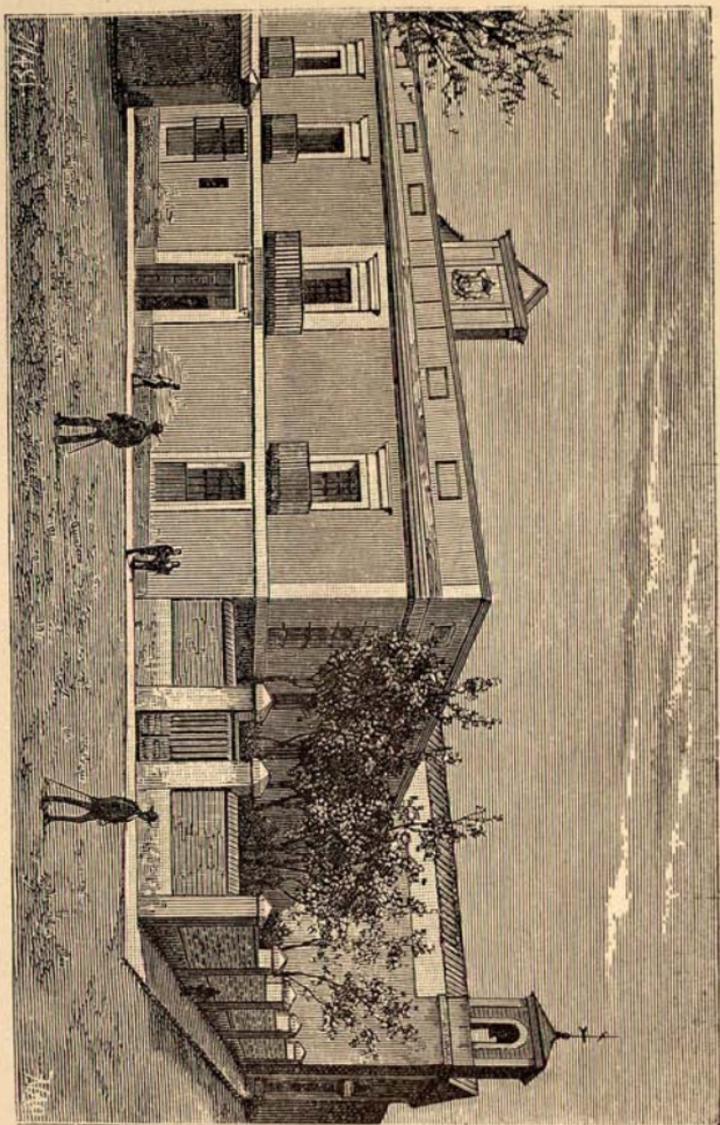
no eran éstas las únicas familias que visitaba y socorría, pues extendía su solicitud á otras varias personas, algunas de ellas mancas y baldadas.

Con estas obras de misericordia alternaba la devoción al Santísimo Sacramento, que ya adoraba con gran fervor desde niña, y que había de llegar á ser la gran pasión de toda su vida. Con su aya solía ir á las Cuarenta Horas, donde pasaba á veces dos horas, ó en alguna otra iglesia, procurando obsequiarla para que la dejase estar tan largo tiempo, que se hacía muy breve á la tierna joven, pero á veces al aya demasiado largo.









PALACIO DE LOS CONDES DE LA VEGA DEL POZO EN GUADALAJARA.

---

## CAPÍTULO II.

*Muerte de su piadosa madre: encargos previsoros de ésta.  
Nueva posición en el mundo y la familia.*

TAN lejos estaba Doña Micaela de pensar en ser religiosa, ni menos fundadora de colegios y conventos, que su familia trató de que se casara, y, accediendo á los deseos de ella, tuvo honestas relaciones para verificarlo. Dícelo ella misma en sus memorias: «Una familia se empeñó en que yo me había de casar con su hijo mayor. Eran muy religiosos y grandes de España, no muy ricos; pues, por ser carlistas, gastaron mucho. Yo no quería, pero, como todos me decían era lo que me convenía, y era un joven muy religioso, en tres años que duraron estas relaciones, por ser muy jóvenes los dos, todo era tomarnos cuentas de los rezos y novenas que llevábamos, y á quien hacía más oración, pues los dos creo ignorábamos hubiera nada

malo. Se descompuso la boda por razón de intereses, con gran pena para los dos.»

Poco después murió la piadosa madre de la Vizcondesa en aquel mismo año, causándole su pérdida nuevo desconsuelo.

Un año antes había estado su madre á la muerte. Había recibido ya la Extrema-Unción, y tenía perdidos el conocimiento y el habla, sin haber podido testar, lo cual se temía fuera causa de pleitos y disgustos en la familia. Una hermana mayor de Doña Micaela se había casado, y no era muy afortunada: la otra hermana había quedado casi imbecil.

Así que la moribunda recibió la Extrema-Unción, sacaron á Doña Micaela del cuarto, obligándola á retirarse; pues parecía que su madre estaba espirando. Al llegar á su habitación se arrodilló al pié de una efigie de la Virgen de los Dolores, y ofrecióle llevar su hábito durante un año, si alargaba por algún tiempo la vida de su madre, á fin de que pudiera arreglar los asuntos de la familia. Al salir de su cuarto, á las tres de la mañana, se encontró con las señoras de Arana. Suplicóles que la permitieran entrar á ver á su madre, á lo cual se oponían: aseguróles que su madre vivía, aunque ellas decían era ya cadáver. Apoyada su cabeza cerca de la de su madre oró un rato. De pronto abrió ésta los ojos, y fijándolos en los de su hija la dijo lánguidamente: —¡Hija mía, te debo la vida!

Tres días después, aunque débil y doliente, estaba vestida. La enferma procuró arreglar sus asuntos lo mejor que pudo. A su hija le regaló una taza de plata, con un perrito en la tapadera y una inscripción en letras de oro y en relieve que decían: *A mi hija Micaela, fiel, amable y virtuosa*. En los días de penuria, que pasó más adelante en su colegio, tuvo que deshacerse, con harto dolor suyo, de este objeto de tanto cariño y tan grato recuerdo.

Un año después murió su madre, después de tres de padecimientos, asistiéndola y consolándola su hija Doña Micaela en aquel trance. Su doncella Bernarda Rodríguez, en las noticias que da acerca de aquellos primeros años de la vida que llevaba Doña Micaela, dice: «Cuando Doña Micaela, que toda su vida se distinguió por su amor acendrado al Santísimo Sacramento, vió que este Señor iba á honrar su casa, no es posible decirlo mucho que se esmeró en arreglarla, no perdonando para ello gasto ni trabajo. Entapizó las habitaciones, cubrió de flores el pavimento y puso grán número de luces; convidó á todas las personas distinguidas de Guadalajara, y también á muchos pobres. Fué tanta la gente que concurrió, que entraba ya la comitiva en la casa, cuando aún no había acabado de salir de la parroquia de Santa María de Guadalajara.»

Pocas horas antes de morir su madre, le recomendó encarecidamente tres cosas, que su hija le prometió solemnemente, á fin de poder morir con

toda tranquilidad como ella decía. Refiérelas ésta misma.

«La primera, que jamás leyera libro alguno que tratase cosas contra la Religión; pues aún el menor mal era muy grave, puesto que siempre dejaban dudas, por lo menos.

»La segunda, que jamás tuviera amigas íntimas, á menos que fuesen de probada virtud; pues las tales amigas, por lo común, se atreven con sus confianzas á abrir los ojos á una joven inocente, y se burlan de ella si no cree lo que le dicen, ó ignore lo que le cuentan.

»La tercera, que jamás consintiera se pusiese pleito por cuestiones de intereses entre los cuatro hermanos que quedábamos; pues, si mi hermano contaba con mi apoyo en cualquiera cuestión, no habría pleito.

»Quedó muy tranquila con la promesa que le hice, y murió sin que yo le hubiese dado ningún disgusto.»

Su madre la dejó muy recomendada al virtuoso y distinguido P. José Carasa, de la Compañía de Jesús, que era su confesor, encargando además á su hija se sometiera á su dirección, como lo hizo, teniéndole por director espiritual y seguro consejero mientras vivió, como veremos luego; pues bajo su mano y acertada dirección se formó el Instituto de las Adoratrices, y se formó la Fundadora.

«Como era yo muy devota de la Virgen de los

Dolores , añade la misma , al faltarme mi madre escogí á la Santísima Virgen el mismo día , para que la reemplazara , y la hice una entrega formal de todo mi ser , ofreciéndole no disponer yo jamás de rezo ninguno , ni de otra obra buena de ninguna clase , sino dejando á cargo de la Santísima Virgen , que le diese el destino que creyese más conveniente á la mayor gloria de Dios , y de este modo tenía una entera confianza en que Ella me había de guardar.»

«Por distraerme de estas penas tan hondas en mi corazón , continúa diciendo , me ocupé en obras de caridad , y , como se agravó el dolor de estómago que sufría , á causa del mal estado de mi hermana mayor , que había quedado simple , y también de los trabajos durante la larga enfermedad de mi madre , mi hermano me llevó consigo á París , y Bernarda vino conmigo. Allí no supieron curarme y me volví lo mismo. Con la pena que tenía , nada me divertía.»

Su hermano el Excmo. Sr. D. Diego Desmáisieres , Conde de la Vega del Pozo y Marqués de los Llanos de Alguazas , á fin de que su hermana Doña Micaela pudiera presentarse en sociedad conforme á su clase , obtuvo para ella que llevase el título de Vizcondesa de Jorbalán , uno de los que figuraban entre los varios de que podía disponer su aristocrática familia , y , previos los correspondientes pagos y formalidades , comenzó

á usarlo y con él fué conocida hasta que, hecha religiosa, y con el permiso de la Santa Sede, lo dejó para usar el de MADRE SACRAMENTO, con que la llamarémos en los últimos años de su vida.



---

### CAPÍTULO III.

*Segundo viaje á París : año perdido. — Regreso á Madrid y tiempo ganado. — Las juntas de Caridad y de la Doctrina Cristiana.*

TRO viaje hubo de hacer á París hácia el año 1843, con su hermano recién casado. Había éste contraído matrimonio con Doña María de las Nieves, hija del Excmo. Sr. Duque de Sevillano. La compañía de la Vizcondesa era muy útil á los recién casados por más de un concepto, dados sus talentos y virtudes. Así y todo, haciendo dos oficios de virtud, uno de obediencia á su hermano, y otro de sumisión á su cuñada, llamó á este año *tiempo perdido*; puesto que no se hallaba en su centro, ni tampoco vivía conforme á sus deseos é inclinaciones. «Pasé un año, dice, que yo llamo hoy *perdido*, que gasté en lujo; bailes y distracciones. Ya casado mi hermano, me llevó mi cuñada á París, y á tiendas, tertulias, y una vida enteramente disipada, aunque no mala.»

De vuelta á Madrid procuró desde luego resarcirse del tiempo perdido. Reunida con otras diez ó doce señoras estableció una Junta para visitar y socorrer algunas familias pobres, en sus casas, y otras obras de caridad á este tenor. Pasaron luego á establecer otra Sociedad para socorrer á las pobres religiosas, que habían sido privadas inhumanamente, no sólo de los bienes de sus conventos, sino también de los dotes que habían aportado al ingresar en sus respectivos monasterios, llegando la inhumanidad y tiranía al extremo de arrojarlas á varias de ellas de sus conventos, demoler ó vender éstos, quedándose con su importe; por supuesto en nombre de la libertad, del progreso y de la civilización moderna. De los trabajos, socorros y benéficos resultados de estas juntas no quiso dejar datos la piadosa Vizcondesa, diciendo que «no hacían á su propósito,» pero en verdad, que serían bien importantes para la historia de la Caridad en nuestros días, y como medio de edificación, ejemplo y quizá de útil enseñanza (1). Dios los tendrá escritos en el libro de la vida, que es el mejor libro en tal concepto, y donde nada se olvida.

---

(1) Algunas cosas de estas se han escrito ya, para honra de Dios, de la Iglesia, y de nuestra patria, en las vidas de la Condesa de Bornos, de la Duquesa de Veraguas y alguna otra.

Por entonces también, á mediados del año de 1843, nació en Madrid la piadosa Congregación de la Doctrina Cristiana, cuya historia va enlazada con la del Instituto de las Adoratrices del Santísimo Sacramento. Tuvo aquella origen en el Hospital de San Juan de Dios. Acostumbraban los Padres de la Compañía de Jesús, ántes de su exclaustración, visitar los hospitales, especialmente los domingos, para consolar los enfermos, enseñarles el catecismo y prepararlos á recibir los Sacramentos. Cuando aquéllos y los demás religiosos fueron expulsados de sus casas, comenzaron algunos seglares á pensar en sustituirlos en lo que pudieran y permitieran sus fuerzas.

«A la vuelta de París (1), dice la Vizcondesa en sus apuntes, encargó el P. Carasa á Doña Ignacia Rico de Grande me hiciera compañía, tanto en casa como para salir conmigo: era una santa, muy fina y de mucho talento. Su marido le permitía se ocupase en obras de caridad. Esta señora, con quien hice grande amistad, me llevó un día al Hospital de San Juan de Dios. Yo no conocía este establecimiento, ni aun sabía que hubiera esa clase de mujeres en el mundo (¡feliz ignorancia!), pues ella no me dijo más sino que no sabían de Religión,

---

(1) La fecha de 1845, que por fortuna había puesto la Vizcondesa en su manuscrito, está borrada, pero puede servir para marcar el tiempo por aproximación.

ni se confesaban, y que eran muy pobres, lo cual me llegaba al corazón.»

Vamos á ver las primeras impresiones que allí recibió, y los preludios y conatos para reducir al buen camino á tales y tantas pobres almas, extraviadas del camino de la virtud y de la salvación, las cuales fueron el motivo para la creación del Instituto, que Dios quería viniese á fundar.



---

## CAPITULO IV.

*El primer caso.—Creación del Colegio de Desamparadas.*

**E**L pobre enfermo que entra en un hospital civil, por lo común principia por perder hasta el nombre y el apellido. Para el administrador se convierte en el número *tal* de la sala *cual*. Para el médico se convierte en *caso*, y si el médico es celoso, estudioso y observador, es un *caso*, tanto más *apreciable*, cuanto más *grave* es la enfermedad. Como el vicio es una enfermedad, y la moral cristiana procura su curación por medio de la corrección y las prácticas religiosas, anhela sobre todo la enmienda por el arrepentimiento y la expiación; así que resulta que la moral tiene tambien *sus casos*.

A poco de entrar la Vizcondesa en el Hospital de San Juan de Dios con su virtuosa compañera, tropezó con un *caso*, y de los *graves*, que en come-

días, novelas y folletines ha servido desde el siglo pasado para varias ficciones (1), cuando para la Vizcondesa de Jorbalán lo fué de triste realidad, estudio y para ejercicio de caridad y paciencia.

Entre las pobres á las cuales asistía y consolaba en las tristes salas de San Juan de Dios, le llamaba principalmente la atención, y lo mismo á la señora de Grande, una joven, al parecer muy fina, taciturna y demacrada. Fijóse un dia la Vizcondesa en un chal roto y sucio que tenía sobre la cama, pero que desde luego conoció que era de cachemira.

—¡Si tuviera V. lo que costó ese chal! le dijo Doña Micaela.

Pues de mi casa lo saqué, contestó ella con gran tristeza.

¡Qué disparate! Yo he comprado en París uno como ése para mi cuñada, y ha costado diez mil reales.

No sé lo que costaría, pero de mi casa lo traje.

Al decir esto comenzó á llorar con gran amargura, cubriendo su rostro con ambas manos, como solía hacerlo casi de continuo, pues apenas hablaba, y eso poco con mucha finura. Espontaneóse, al fin, y refirió á la Vizcondesa la triste y novelesca historia de su desastrosa caída y consiguientes desgracias.

---

(1) En el *Eusebio de Montengon*, novela del siglo pasado, hay un capítulo por el estilo de este triste caso.

Era hija de un opulento banquero de provincia. Un joven de Madrid, rico, á quien sus padres dieron un banquete, pues había traído letras contra su casa, logró que éstos la permitieran venir á Madrid, con una supuesta marquesa, que estaba de acuerdo con él para perderla. Hízosela un gran equipo, á fin de que figurase dignamente en la corte. La supuesta marquesa, que era una mujer infame, tenía un gran cuarto en la calle de Capellanes, con muebles alquilados: la sociedad que la visitaba era de jóvenes elegantes, pero corrompidos (1). El joven seductor logró alucinar á la infeliz provinciana, ofreciéndole su mano. Hízose una farsa de matrimonio. A la familia de ella se la hizo creer que había muerto, y se le costearon suntuosos funerales en la capital de la provincia donde aquélla tenía su casa.

Un día, al volver al supuesto palacio, la fingida marquesa había desaparecido, con las demás bribonas, que figuraban ser su familia: los prenderos se llevaban sus muebles, y el seductor, supuesto esposo, había desaparecido. Vióse en el mayor desamparo, y los amigos del seductor, que reían de la aventura, acabaron de completar la perdición de la pobre joven, viniendo ésta á parar en la mayor ignominia, y por remate al Hospital de San Juan de Dios.

Por raro que parezca este caso, ¡cuántos otros

---

(1) Se omiten casi todos los detalles por razones fáciles de comprender.

y aun peores, y aun más estrafalarios, hubo de conocer y remediar más adelante la piadosa Vizcondesa, y cuantos más saben á cada paso y actualmente sus hijas! La fecundidad del mal inventa diariamente, por medio de los jóvenes, ricos en vicios y fortuna, holgazanes y depravados, más que puede idear la imaginación de novelistas y abastecedores de folletines.

¿Qué hacer de aquella joven cuando saliera de San Juan de Dios, donde llevaba ya siete meses de expiar sus ligerezas, imprevisión y crimen?

De acuerdo con la señora de Grande, fué preciso buscar una modesta familia que la albergara y asistiera en su convalecencia. Mucho hubo que trabajar para arreglar su situación, pues ella prefería la muerte, á la vergüenza de que su familia supiera su vergonzosa caída. La Vizcondesa conocía al Señor Obispo de la diócesis: de acuerdo con éste y de la señora de Grande se dispuso á la familia para recibirla, haciéndole conocer la serie de supercherías de que había sido víctima, el robo de su equipaje, y consiguiente miseria, atribuyendo su enfermedad á esta desgracia, ocultando la parte vergonzosa, al ménos en cuanto á los peores detalles. Vuelta al seno de su familia vivió después ejemplarmente.

«Esta historia, dice la Vizcondesa, y otras muchas, que sería prolijo de contar, que en mis continuadas visitas al hospital tuve lugar de saber, pro-

curando de ayudarles, me dieron á conocer los obstáculos, cada vez mayores, que hallaba para colocar aquellas infelices. De aquí nació mi primera inspiración de poner una casa, ó refugio, donde pudieran vivir una temporada, instruyéndolas en Religión, ínterin que hallábamos donde colocarlas, ó volverlas á sus casas. Esto me determinó á hacer algo en obsequio de aquellas infelices, y al efecto traté de reunir algunas otras señoras.....»

«Reuní á la señora de Malpica, la de Alcañices, señorita Doña Teresa Gaviña, Doña Amparo Fernández de Córdoba, condesa jóven de Zaldívar y la de Grande (1). Como eran necesarios algunos fondos, empezamos por dar dos duros al mes, cada una, y una cama, y el ajuar para una, comprometiéndome yo á dar lo restante. Busqué una casa, y no la hallaba para este objeto, pues no me la querían arrendar, al saber para lo que era. Hallé una en la calle de los Dos Amigos, número 8, que hacía años estaba cerrada, y era de las Arrepentidas. La administraba por ellas el Comisario de Cruzada, Sr. Alcántara Navarro. El Gobierno la quería vender como de las monjas. Hicimos un contrato, en el que yo me obligaba á sostener la finca, gastando dos mil reales al año, siendo de mi cuenta la licencia del Gobierno para que no la vendieran, y me la dejasen

---

(1) Siete, en memoria de los siete Dolores de María Santísima.

para mi colegio, lo que cumplí, y mis grandes amigos el marqués de Someruelos, Oliván y demás me lo consiguieron.

»Luego que tuvimos casa, nos juntamos en la de la señorita de Gaviña, por estar habitualmente enferma, y ser de gran virtud y muy rica, y estas señoras nos ayudaron á la de Grande y á mí, y todas llevábamos los trabajos muy repartidos, con un celo y caridad admirables, pues el número no pasó jamás de siete. Nombróse Presidenta, por no serlo yo, á la marquesa de Malpica.

»La de Grande tenía en su casa un matrimonio de dos buenos viejos, de gran virtud, ágiles y trabajadores á cual más. El marido iba á la plaza, hacía de portero y llevaba los recados: la mujer cuidaba de las chicas, rezaba con ellas, y les daba la Doctrina. Cosían, turnaban guisando por semanas y para las haciendas de la casa. Cada señora se encargó de ir un día por semana á vigilarlas, procurar se confesasen, tomar la cuenta del gasto, hablar con ellas, enseñarlas á marcar, bordar, coser, y demás que ocurría. Así fuimos pasando una temporada. Teníamos juntas cada mes.»

Tal fué el modesto y remoto origen del Instituto de las Adoratrices para el socorro de jóvenes desamparadas, entonces pequeño grano de mostaza, conforme á la parábola del Evangelio.

---

## CAPITULO V.

*Vida mundana y caritativa á la vez: sus graves inconvenientes.—Procura remediarlos el respetable P. Carasa.  
—Favores de la Virgen.*

**N**ADIE puede servir á dos amos, dice el Evangelio: con todo hay personas que, no siendo verdaderamente *devotas*, parece que quieren ingeniarse para servir á la vez á Dios y á los tres enemigos del alma. Dió San Francisco de Sales su *Filotea*, ó *Vida devota*, para las personas que tienen precisión de vivir en el mundo, pero allí les aconseja huir de cosas y placeres de los cuales difícilmente se abstienen, ni quieren privarse. En una cláusula hubo de describirlas la Vizcondesa, retratando al par su vida hácia el año 1844, con una vigorosa pincelada. «Llevaba yo por entonces una vida algo *original*: la mañana en obras de caridad, el resto del día, tarde y noche en convites, paseos á caballo, ó en coche, teatro, tertulias y bailes. Iba á baños de España y Francia por

mi dolor de estómago, que me hacía sufrir de un modo muy penoso: á fuerza lo iba pasando. A todo esto se añadía un lujo excesivo y regalo en la mesa, pues diariamente teníamos convidados.»

Aunque no hacía otras cosas malas, esto afligía mucho al virtuoso P. Carasa su confesor, á quien la había recomendado su virtuosa madre, de la cual había sido también Director espiritual. Exigióle hiciera unos ejercicios espirituales, amenazándole abandonarla, si no los hacía y reformaba su vida de placeres y regalo; pues la veía expuesta á graves peligros.

El Rdo. P. D. Eduardo José Rodríguez de Carasa era sujeto de gran virtud á la vez que de mucha finura, conocimiento del mundo y de la sociedad, y de muy amable trato (1). Había tenido una brillante posición en el siglo, que abandonó para ingresar en la Compañía de Jesús el día 20 de Setiembre de 1823. Figuró en la Córte durante los últimos años del reinado de Fernando VII, de quien era predicador, y muy reputado por su saber y elegancia en el decir. Escapado casi milagrosamente de manos de los sicarios, que invadieron el Colegio Imperial, en la tarde del día 16 de Julio de 1834, vivió algun tiempo retirado, hasta que la obe-

---

(1) Nació en Cádiz el día 4 de Noviembre de 1793. Hizo su profesión solemne en 15 de Agosto de 1834, y murió en Madrid á 30 de Julio de 1857, según luego se dirá.

diencia le trajo á la casa y compañía del respetable sacerdote Sr. D. José Ramírez Cotes, Rector de la iglesia de Italianos, rico por su casa, y tío de la Vizcondesa. Vivía este señor en una casa suya en la plaza de las Cortes, á espaldas de la estatua de Cervantes, donde estuvo el convento de las pobres religiosas de Santa Catalina, demolido por los franceses, como otros muchos, en 1812. Así que el P. Carasa confesaba en las inmediatas iglesias de Italianos y San Antonio del Prado. El año de 1841 hubo de confesar en la capilla y acompañar al suplicio al general D. Diego de Leon. Confesaba también á gran parte de la aristocracia piadosa, y gozaba en 1845 de gran reputación y prestigio. Tal era el Director espiritual á quien hizo entonces voto de obedecer la Vizcondesa, y lo cumplió durante veinte años hasta que aquél murió, como veremos más adelante. Y como contribuyó no poco á la fundación del Instituto de las Adoratrices, no está demás el decir algo de su carácter, talento, séquito y virtudes.

Con él hizo los ejercicios espirituales en Abril de 1845 para ganar el Jubileo. «En ellos, dice, resolví mudar completamente de vida; pues los hice muy bien, y el Padre se tomó gran trabajo para hacerme conocer, en las dos ó tres pláticas diarias, hasta la más pequeña falta y su gravedad, y más adelante conocí las singulares trazas de Nuestro Señor, cuando quiere que un alma sea toda suya. Puse un oratorio en mi cuarto, muy bonito: tenía

una estampa del Señor atado al pié de la columna. Los hicieron las criadas todas conmigo, y para mí tenía yo rezos y pláticas aparte. Seguí el método de vida que me trazó hasta hoy (1865), no habiendo dejado aún de cumplirlo, tal cual lo ofrecí al Señor en expiación de mis pecados, con gran dolor de ellos, y del tiempo perdido y disipado de la vida pasada.»

A los ejercicios espirituales en el mes de Abril, y para ganar el Jubileo, siguieron los del mes de María en el mes de Mayo. Durante éste tradujo el librito de *La Medalla milagrosa*, vertiendo al castellano y leyendo diariamente uno de sus muchos milagros. Repartía además entre sus amigas y los pobres medallas de la Virgen y libritos, para fomentar su devoción, afianzándose por su parte más y más en ella. Sirvióle ésta de mucho en sus apuros, pues acudía á ella no sólo en esos casos, sino aún para otros poco importantes, como acude una hija cariñosa á su cariñosa madre. De sus favores tuvo no pocas pruebas, y de algunos de ellos dejó hecha relacion. Dos son notables entre otros varios.

Desde niña tenía en su cuarto una efigie de la Virgen del Pilar, que le regaló un señor Obispo. En cierta ocasión, estando en el campo, una persona que se hospedaba en la casa hubo de propasarse á entrar de noche en su habitación, hallándose ella acostada. Al oír ruido, y ver la sombra del atrevido y grosero huésped, á la escasa luz de una lamparilla, exclamó—¡Virgen del Pilar, Madre mía, guar-

dadme! Al oír la exclamación huyó el osado huésped, despavorido como si le persiguieran: llamó ella á las criadas y cerró más cuidadosamente la puerta.

Otra vez, al entrar en la iglesia de las Descalzas Reales de Madrid, á visitar á la Virgen del Milagro, por ser día 11, en que se expone al público todos los meses, iba pensando si debería ó nó admitir una invitación que le habían hecho para un sarao, cuando, de pronto, se le abalanzó un enorme lagarto. Subiósele el animal á la cabeza, y luego bajó por la espalda, con el susto consiguiente de ella, y terror de las personas que lo veían. En aquel trance invocó á la Virgen del Milagro, y acudiendo algunas señoras, y tres ó cuatro aguadores de la fuente inmediata, lograron sujetarlo por encima de las ropas, sacarlo y matarlo, sin que recibiera lesión alguna. Agradecida á este favor de la Virgen de no haber recibido más daño que el susto consiguiente, le ofreció no ir al baile, ni á paraje donde pudiera padecer su inocencia peligro ni turbaciones.

No fueron éstos los únicos favores que debió á la Virgen Santísima en otras varias ocasiones.





---

## CAPÍTULO VI.

*Otro viaje á París.—Obras de piedad y mortificación durante su estancia y graves disgustos.*

**E**L Conde de la Vega del Pozo y Marqués de los Llanos de Alguazas (1), hermano de la Vizcondesa, fué agregado á la Embajada de España en París el año de 1845. Marchó allá con su esposa y familia, viviendo por de pronto en un *hotel*, con el aparato consiguiente á su posición social, nobleza y opulencia de su fortuna y de la de su esposa.

Con gran tranquilidad, fervor y recogimiento estaba haciendo la Vizcondesa sus piadosas devociones de Mayo, terminados los ejercicios, según queda dicho, cuando recibió la noticia de hallarse

---

(1) Era más conocido en el Cuerpo diplomático y en el mundo oficial por el otro título de Marqués de los Llanos, por cuyo motivo se les designará algunas veces con este título á los hermanos de la Vizcondesa, y más en lo relativo á su vida diplomática.

enfermos á la vez en París su hermano, su cuñada y una criada de confianza, que la Vizcondesa había cedido á ésta. Hubo de marchar á toda priesa á París, pero procurando no faltar en un ápice á los rezos, devociones y demás propósitos que había hecho en los ejercicios, y con el sentimiento de no poder continuarlos tranquilamente en Madrid, y de verse lanzada de nuevo á las agitaciones del mundo que deseaba rehuir.

En medio de aquellos apuros procuró ante todo buscar un buen director espiritual en París, más no sabía á quién dirigirse. Aventuróse á preguntar á unas señoras de buen porte, que vió salir de una iglesia, suplicándoles que le dijese quiénes eran los mejores párrocos de París, en virtud y talento. Las tres á quienes preguntó, una en pos de otra, le dijeron contestes, que eran los señores curas de San Felipe del Rul y de San Roque.

Entró en una iglesia á pedir luces y acierto al Santísimo, y luego tomó un coche, encargando la llevasen á San Felipe del Rul. Halló al señor cura en el confesonario, y se confesó con él; pues llevaba ya doce días en París sin confesarse, lo cual para ella no era poco. Gustóle mucho desde luego la conversación de aquel sacerdote, que se llamaba Mr. l'Abbé Ansór, y era, en efecto, de mucha virtud, finura y talento. A su vez el buen cura tomó interés en la dirección de su ilustre penitente. Llevaban ya sus hermanos dos meses en una gran fonda, cuando

acordaron quedarse en París, y poner casa. El señor cura procuró encontrar una á propósito dentro de su parroquia , por tener cerca á su nueva confesada, y que no decayera de su habitual fervor y santos propósitos.

Uníanse á las mortificaciones los continuos y vivos dolores del dolor de estómago que padecía la Vizcondesa , y algunos disgustos , de que no libran las riquezas ni la opulencia de las grandes casas.

Entre las mortificaciones que usaba , era una de ellas el frotarse el cuerpo con ortigas. Viólas una vez su hermano en su cuarto y le chocó esto , como no podía menos: con viveza mujeril le contestó que era uno de los remedios que usaba para el mal de estómago , y que le probaba bien. Con esto logró en adelante que se las facilitasen , en vez de que se opusieran á tan acerba penitencia.

Su vida por entonces y durante aquellos cinco años era rara , pues dedicaba libremente la mañana á Dios ; pero la tarde y noche tenía que pasarlas en el mundo con harto sentimiento suyo , sirviéndole esto de grande mortificación. Se levantaba á las cinco, y se vestía de negro y modestamente para ir á la iglesia, en donde permanecía hasta las diez ó cerca de las once de la mañana. Luego visitaba algunas familias pobres, que solía socorrer, y á cosa del mediodía tornaba á casa , para cuya hora se levantaba su cuñada, que habitualmente gozaba de poca salud. Principiaba entonces el afanoso trajín de desnudar-

se y vestirse de nuevo , á que condena el mundo á los esclavos de la moda y de la etiqueta social.

Un día de Pascua del Espíritu Santo , sintió un gran movimiento interior, durante la función que hubo en la parroquia , y una luz espiritual que le causó grandes afectos de especial devoción , y conocimiento de los misterios de aquella visita del Señor á sus discípulos , y de los efectos de fe y amor que produce asimismo en los que se disponen bien á recibirle , lo cual procuró en adelante; quedando con gran devoción á esta festividad, en la cual siempre en lo sucesivo recibió especiales favores. Sintió desde entonces un cambio interior marcado y sensible , en sus inclinaciones , fuerza superior para vencerlas , presencia de Dios continua , vivo dolor de sus pecados , y aún más vivo de oración , mortificación y penitencia , todo ello sin violencia ni gran esfuerzo; pues lo consideró como gracia del Señor instantánea y gran favor. El deseo de oración era tal, que la tenía todos los días durante cinco á siete horas, y el de penitencia tan vivo, que las mortificaciones no le costaban trabajo alguno y sí grato placer; pues el Señor le mitigaba la sensación de gran parte de ellas, siendo lo notable, que otras veces, cuando no podía ejercitarlas por razón de las circunstancias de su posición social , permitía Dios, por el contrario, que sintiese los dolores de ellas como si realmente las ejercitase. Cinco años vivió en tal estado. Descríbelas algo cáusticamente la Vizcondesa. «A

las doce y media había que vestirse de bata de lujo para bajar á almorzar; pues venían convidados de confianza. A las tres había que vestirse de traje de calle para la gran ocupación de ir á recorrer tiendas. A las seis había que vestirse otra vez con traje de comer, y á las ocho otra vez de manga corta para ir á la Gran Ópera.» Esto, que para las señoras del mundo viene á ser un gran placer, era para la Vizcondesa un tormento mayor que el de las otras mortificaciones corporales.

Para mayor tormento no podía dispensarse de estas cosas, aunque quisiera, por obedecer á su hermano, y complacer á su cuñada, cuyo afecto deseaba conservar y aumentar. Tenía además otro motivo de humillación y sufrimiento por otro sujeto, que corría con todo lo relativo á la etiqueta y servicio de la casa. Era éste un anciano caballero inglés, noble pero arruinado, el cual hacía como de maestresala, ó encargado de la dirección y servicio interior de la familia. En las de provincia de España se suelen remedar las etiquetas de Madrid, en Madrid las de París, en París las de Londres, y así lo hacía aquel caballero en la de los marqueses, con poderes absolutos, y de un modo inexorable, según la flemática seriedad británica. Era protestante, y odiaba á la Vizcondesa con toda su alma, suscitando á cada paso intriguillas y tropiezos, para disgustarla con sus hermanos, y á éstos con ella, á fin de lograr que regresase á España, y aun quizá con miras nada

desinteresadas, como es de suponer, acusándola de faltas de etiqueta y de poca puntualidad. Entre otras intriguillas, hubo una que da idea de lo que tales sujetos pueden comprometer, por muy nobles y cristianas que sean las casas donde entran, como era la de los hermanos de la Vizcondesa, y aunque no lograrse desavenirlos, como no lo consiguieron entonces, él, ni más adelante otros en Bélgica.

Tenían los Marqueses un perro inglés que estimaban mucho (1). En cierta ocasión lo hizo desaparecer, y se dió maña para dar á entender á los Marqueses, que la Vizcondesa lo habría echado de casa por odio ó aversión al animal. Esto fué motivo de disgusto, como toda pérdida de objeto que se aprecia. Para congraciarse con los Marqueses y explotarlos, hizo otra farsa, y fué que, pasados unos quince días, les sugirió que, por doscientos ó trescientos francos, sería posible hallar el fugitivo can. No le debió costar gran trabajo, pero cobró el importe del hallazgo del perro. No fué esa la única intriga, que por ese estilo y durante largo tiempo sufrió la Vizcondesa,

---

(1) Como este libro se ha escrito no tan sólo para dar noticia de las peregrinas aventuras de la Vizcondesa, y de los caminos por donde Dios la llevó á ser fundadora de un Instituto tan importante, sino también para que sirva de edificación á las señoras católicas que viven en el siglo, no se ha querido omitir este pequeño detalle, para manifestarles los inconvenientes que puede traer á las familias católicas el tener á su lado sectarios ó herejes.

del ceñudo inglés, contribuyendo á ello además una doncella sumamente chismosa, á la cual metió en palacio el industrioso *gentleman* para hacer saltar de París á la Vizcondesa. Para ésta hubiera sido un gran beneficio el volver á España, y lo deseaba, pero su hermano se oponía, su cuñada la necesitaba, y ella se resignaba con la voluntad de Dios, que le deparaba aquella pesada cruz en medio de la opulencia, elegancia y apariencias mundanales de completa felicidad. ¡Cuántas de estas miserias y tiranías encubren los dorados hierros de los aristocráticos palacios, que muchos admiran con envidia, cuando no los ilustran las verdades de nuestra Santa Religión!

«Duró esta vida, dice la Vizcondesa, dos años en los cuales el Señor me ayudó á conllevar estos trabajos con gran resignación, otorgándome á vueltas de ellos favores continuos.»

A las mortificaciones corporales de gran rigor, á los disgustos domésticos y humillaciones casi continuas, se unían los acerbos dolores del dolor de estómago, que le aquejaba hacía ya nueve años. Durante largas temporadas tenía que llevar una cantárida en el estómago, y gran parte del pecho en carne viva. Las bebidas repugnantes, nauseabundas, y á veces de un hedor insoportable, así como el balanceo del coche, le producían crueles mareos: la dieta era casi continua, viéndose reducida durante largas temporadas á no probar más que caldo y le-



che. Llegó á quedar extenuada y demacrada y, cual suele decirse vulgarmente, *como un hilo*.

¡A qué más mortificaciones! Probablemente se las hubiera prohibido el Director, si no hubiese incurrido por ignorancia en una falta, cual era el no saber que debía dar cuenta de ellas, y no ejecutarlas sin permiso y obediencia; noción sumamente rudimentaria, en la vida espiritual, pero en la que Dios ha permitido tropezasen no pocas personas devotas y amigas de gran austeridad.

¿Y nó era también una mortificación moral, bien cruel, tener que asistir á bailes, conciertos, convites y teatros, á despecho suyo, ricamente ataviada, y encubriendo llagas, aparentando serenidad en medio de horribles dolores, sentándose á opíparos banquetes sin probar apénas ningun alimento, teniendo magnificencias á la vista y haciendo por no verlas? En efecto, procuraba, en medio de las fiestas, hacer por no ver nada, evitaba fijarse en cosas de atractivo, y para no ver representaciones teatrales, á que tenía que asistir con harto disgusto suyo, discurrió el inocente ardid de empañar los cristales de los gemelos, de modo que cuando hacia que miraba nada veía. Así que puede decirse que solo vivía durante las seis ó siete horas de la mañana, en que podía consagrarse á Dios y á la caridad.

Los domingos comulgaba, segun costumbre, y por devoción á la Santísima Trinidad.

En obsequio y sufragio de las almas del Purga-

torio , le permitía Mr. Anzor comulgar los lunes.

El martes, por devoción á los Santos Angeles, á los que acudía en sus apuros, recibiendo de ellos no pocos favores y muy reconocida protección.

La Comuni3n del mi3rcoles era por devoci3n á San José, y ésta muy recomendada por el P. Carasa, que le tenía por Santo de su nombre y titular.

El jueves, día dedicado al culto del Santísimo Sacramento, no era posible omitir la Comuni3n.

El viernes le permitía la Comuni3n Mr. Anzor, en memoria de la sagrada Pasi3n , de la cual era muy devota desde niña.

Con respecto al sábado, día dedicado á la Virgen Santísima , ¿ cómo había de dejar la Comuni3n , si la tenía por Madre, y le había encargado el patrocinio de sus obras de caridad?— ¡ No deje V. la Comuni3n del sábado, hija mía! le decía Mr. Anzor.

Hallóse , pues , insensiblemente con la Comuni3n, no ya frecuente , sino diaria , y mandada por sus Directores en unos, ó recomendada en otros días.

A la parroquia veía venir todos los días las niñas de una escuela y colegio de huerfanitas, acompañadas por unas Hermanas de la Caridad. Sabiendo que no tenían capilla, les costeó una con todos los ornamentos y enseres necesarios, y la dedicó á San Miguel. El Vicario del Sr. Arzobispo Monseñor Affre, que se llamaba Mr. l'Abbé de la Bouillerie, le regaló el ara para el altar, y le dió permiso, no sólo para que se dijese misa, sino para que se reservára el

Santísimo. Dijo la primera misa el Sr. Cura de San Felipe, y dió la Comuni3n.

—¿Por qué no se queda V. con nosotras? le decían las monjas. ¡Qué buena Hermana de la Caridad haría usted! Pero la Vizcondesa no tenía por entonces vocación para monja, ni para Hermana de la Caridad, antes bien le repugnaba aquel estado. Decía que su inclinación y vocación la llevaban más bien á ganar almas para Dios en el siglo.

Costeó además un magnífico Vía-Crucis de bronce, de una vara cada cuadro, el cual se colocó en la parroquia con gran solemnidad. Trabajó también bajo la protecci3n del Vicario general y del señor Cura, para establecer una Asociaci3n de coros de señoras, que se reunían en número de doce y de veinticuatro, repartiéndose cada una de ellas una de las horas del día, para honrar al Santísimo Sacramento del Altar.

Pero, en cambio, además de los disgustos domésticos y enfermedades, sufría gravísimas persecuciones del enemigo del género humano, de modo que hubiera pasado gran miedo sin los sabios avisos de su Director, y aun así hubo de padecerlo no pocas veces.

Un día, al entrar á oír misa en la parroquia de San Felipe, sintió de pronto un gran golpe en la frente, y cayó de espaldas, rodando los nueve escalones de piedra, y dando con la cabeza en la verja de hierro, quedando con ella metida entre los hie-

ros, con los piés en alto, roto el sombrero y destrozado el vestido. Túvose por milagro el que no quedase muerta, pues la gente de las tiendas inmediatas y los transeuntes, que presenciaron la caída, extrañaron quedase con vida. Diéronle agua y algún otro socorro en casa del Sr. Cura. Todos pronosticaban que aquella caída tendría funestos resultados, y, con todo, nada le sucedió, á pesar de su estado achacoso y valetudinario. No todo fué natural, aunque se atribuyó el suceso á *casual* desgracia, y luego á *feliz casualidad* el que no tuviera funestas consecuencias. Pero la Vizcondesa ya sabía á qué atenderse.





---

## CAPITULO VII.

*Regreso á España.—Disgustos con la Junta de Señoras, y rifa del caballo.—Congregación de la Santísima Trinidad en Madrid.*

Los disgustos domésticos, la enfermedad y sus remedios y las mortificaciones corporales habían extenuado á la Vizcondesa en términos que se temió por su vida. Deseaba volver á Madrid, pues sabía que el Colegio iba mal, y que las Señoras estaban disgustadas. El Director le dió permiso para irse, aunque manifestándole que sería mayor perfección quedarse al lado de sus hermanos y seguir sufriendo. Así que, al regresar el Marqués de Madrid á París le permitió venir aquí por unos días y para arreglar algunos asuntos pendientes.

En la primera junta que tuvieron las Señoras en casa de la de Gaviña, tuvo mucho que sufrir, y oyó cosas muy desagradables, dándole á entender algunas de las Señoras que ella se daba muy buena

vida, divirtiéndose en París, mientras ellas tenían que llevar aquí el peso del Colegio, y sufrir las consecuencias del compromiso en que las había metido. El Comisario, Sr. Alcántara Navarro, estaba desterrado, y le había sucedido en el cargo el Sr. Cascallana. Este reclamaba 12.000 rs. por el arriendo de la casa. Alegó la Vizcondesa el trato que tenía hecho con el antecesor, pero ni se halló la copia de él, ni en el expediente aparecía tal contrato. En vano hizo ver su inocencia, pues las Señoras se marcharon disgustadas, y la de Grande había fallecido. Como las Señoras hablaban de ello en sus casas, y en la oficina no se hablaba ménos, permitió Dios que viniera á ver á la Vizcondesa un caballero honrado, el cual le describió reservadamente la intriga de que era víctima. Un empleado de la Comisaría de Cruzada había hecho con ella una *pervada* (perdónese la frase) peor que la del inglés en París, pues éste escondió el perro y aquél ocultaba el contrato. El pobrecito empleado tenía el tanto por ciento de recaudación, y el contrato hecho por el Comisario perjudicaba á sus intereses. La Vizcondesa hizo por avistarse con el empleado, y le dijo que, si no parecía el contrato, descubriría la intriga, sin acusarle de ser él mismo quien la había urdido. Confuso aquél y receloso ofreció buscarlo, que fué lo mismo que confesar la verdad, y la señora le ofreció no descubrirlo ni comprometerle. Habló al Marqués de Someruelos para que á su vez la recomendase al

Sr. Cascallana, con quien tuvo una entrevista poco lisonjera ; mas la Vizcondesa se ratificó en lo del contrato, suplicándole pidiese el expediente de nuevo, y que en él se encontraría, como así fué. Cuando las Señoras lo supieron por el mismo Comisario, comiendo en casa de una de ellas, las más creyeron que este señor lo había transigido por deferencia al Marqués, otras por consideracion á la Vizcondesa, y una de ellas tuvo la finura de decirle en su misma cara:—Confiese V., amiga mía, que se metió en aquella casa con poca formalidad, y que también nosotras la creímos á V. con demasiada ligereza. Como no podía descubrir la intriga, pues lo había ofrecido, tenía que callar. «¡Estas eran las *primicias* que sacaba de mi Colegio!» dice ella.

No le fué mejor en otra junta que hubo después en casa de la Marquesa de Malpica, pues, á pesar de haberse arreglado lo de la casa, insistieron la mayor parte de ellas en disolver la Junta y deshacer el Colegio. Este andaba mal, pues costaba trabajo sostenerle, aunque sólo había siete chicas y los dos viejecitos que cuidaban de ellas. La señora de Gaviña trabajaba mucho por colocarlas: además, se las enviaba á talleres de sastres y zapateros para que ganasen jornal, y perdían la misa por no faltar al taller. Las Señoras las visitaban por turno y tenían con ellas muchos disgustos: hubieran podido ahorrarse algunos habiendo dinero, pero la Vizcondesa no lo tenía por entonces, pues había

gastado mucho en París , sobre todo en una magnífica vajilla , y en otros objetos de lujo. Apurada andaba con esto , y , para mayor dolor , apenas podía ver ni consultar al P. Carasa , que á la sazón se hallaba enfermo. Habiendo entrado en una iglesia para encomendar el asunto al Santísimo Sacramento , que era su principal oráculo y refugio , le ocurrió , al volver á su casa , rifar su caballo , que era precioso y muy leal con ella. Logró colocar entre sus relaciones las papeletas por valor de diez mil reales. Fué grande el sentimiento que tuvo al ver salir de su casa tan precioso animal ; pero sabiéndolo el Marqués de Sevillano , suegro de su hermano , á quien le había tocado en la rifa que se hizo , éste se lo devolvió. Mas como ya había hecho lo más penoso del sacrificio , quiso consumarlo y ofrecer á Dios la mortificación por completo , y como lo más que habían ofrecido por él , antes de rifarlo , eran siete mil reales , lo vendió en aquel precio y entregó el dinero á las Señoras. Aquietadas éstas al ver su generosidad , le ofrecieron continuar en la Junta.

Antes de regresar á París le ocurrió entablar una obra piadosa en obsequio de la Santísima Trinidad , pues veía con dolor que en Madrid apenas se le daba culto , desde la época de la exclaustación , proyecto de que ya había hablado con la difunta señora de Melgar. Súpulo D. José Sahagún , que hacía tiempo abrigaba igual deseo , y era uno

de los más asiduos y celosos congregantes de la Doctrina Cristiana. Avistóse con la Vizcondesa , y ésta le animó á que la plantease al punto , á pesar de obstáculos y dificultades , y que desde luego se hiciera una función á la Santísima Trinidad.

— ¿ Pero con qué recursos contamos ? dijo el Sr. Sahagún.

Tome V. esos doce duros , le contestó la Vizcondesa , y además le dió una lista de varias amigas suyas , que podrían contribuir con alguna cantidad mensual. Hízose más adelante la fiesta , y el Sr. Sahagún logró en breve establecer en la iglesia del Carmen Calzado la Cofradía de la Santísima Trinidad , que ha llegado á ser una de las principales de Madrid.

Era esto durante el mes de Marzo de 1847.





---

## CAPITULO VIII.

*Nuevo género de vida.—Aprendizajes.—Visitas de pobres y enfermos.—La quemada, la trapería y el inválido.*

AL regresar á París, halló peor á su cuñada la Marquesa, tanto que algunos días no podía salir de la cama, quedándole así á la Vizcondesa más tiempo para sus obras de caridad, rezos y devociones: librábase también con esto de los rigores de la etiqueta y de la mortificación de ir á reuniones y teatros.

Tenía siempre muy presente su colegio de Desamparadas y, como veía que no iba bien, padecía al acordarse de él. No se resolvía á tomar estado, ni menos pensaba en sacrificarse por su colegio, y dedicarle su porvenir; y la oscuridad que padecía acerca de esto y de la voluntad de Dios en esta parte, le hacía andar confusa y agitada, diciéndole á Este con frecuencia:—¿Señor, qué quereis hacer de mí?

Aspiraba á la perfección, mas no veía el modo, pero consultaba á su confesor y al P. Carasa, que le escribía con frecuencia, y le daba acertadísimos consejos con gran saber y dulzura.

Por lo que pudiera ser en adelante, se dedicó á aprender oficios. Bordaba muy bien, pero no sabía hacerlo por principios. Se decidió á saberlo, y para ello asistió bastante tiempo á uno de los mejores talleres de París, vestida modestamente, y apeándose de su coche antes de llegar á la casa.

Después aprendió también á lavar, limpiar y componer tules y encajes. Se perfeccionó asimismo en el dibujo y la pintura, á la que siempre tuvo gran afición, y en la que hizo muchos adelantos. Tomó también una profesora para hacer flores artificiales, y finalmente quiso también aprender á planchar, para lo cual hacía venir á palacio una de las mejores planchadoras de París.

La tarde y noche consagraba al cuidado, compañía y consuelo de su cuñada. Sentábase al lado de su cama y á veces en ésta misma. Rezaban juntas, le enseñaba algunas devociones, leía, y á veces le contaba sus aventuras con los pobres, describiéndole sus padecimientos; sacando de ahí, como era consiguiente, las oportunas consideraciones acerca de los muchos motivos que tenían para dar gracias á Dios, que, en medio de los achaques y padecimientos de una y otra, les proporcionaba tantos medios para aliviarlos, y tantas comodida-

des, riquezas y opulencia, de que carecían aquéllos.

El Maestresala inglés estaba ya en baja, y la doncella chismosa había sido despedida. Aun cuando la Marquesa estaba mejor, ya no se iba al teatro con tanta frecuencia, y tampoco á reuniones por el estado de ella. Aun hubo un compromiso en el mes de Marzo con motivo de un baile de máscaras, al cual hubo empeño de que asistiese. Consultólo con su confesor, el cual negó el permiso completamente, añadiéndole á la Vizcondesa que, de su parte, lo prohibiese también á la Marquesa de Villafranca, la cual se confesaba con el mismo Sr. Cura de San Felipe. Costóle esto algunas burlas y dichos picantes, pero los dió por bien empleados, tanto porque en ello ejercitaba la obediencia y humildad, como por librarse de asistir á tan odioso y profano espectáculo.

La fama de virtud y caridad, que tenía ya la Vizcondesa entre la aristocracia católica de París, hizo que la nombrasen Dama de Caridad de San Vicente de Paul, lo que se tuvo por gran favor, tanto porque todas las señoras que formaban la Asociación eran de la más ilustre nobleza, como porque no había en ella ninguna otra extranjera.

No le gustaba la visita de pobres, pues sobre la repugnancia instintiva que tenía á todo lo que fuera sucio y desaseado, se juntaba la cuestión de orgullo, y le costaba mucho trabajo allanarse á tratar con gente soez y de mala educación. Trabajó mucho para dominar su altanería, y vencerse en esta parte;

pero al fin lo consiguió, logrando no sólo vencer su repugnancia, sino también domeñar su carácter en ese punto.

Entre los pobres que hubo de visitar y socorrer, tuvo dos en que le costó mayor trabajo el vencerse. Cerca de su casa vivía una pobre mujer que se había quemado horriblemente. La habían llevado al hospital, de donde la habían echado á medio curar, alegando que la cura era larga, y que podía venir diariamente á la cura pública. Su cuerpo era una pura llaga, despedía un hedor insoportable, y estaba noche y día en un grito. Tuvo noticia de ella por otra pobre, á la que visitaba por encargo de la Asociación de Damas de la Caridad. Vivía sola aquella pobre mujer en un cuarto hediondo, pues una hija que tenía, se había aburrido, y la tenía abandonada. La Vizcondesa le llevó hilas, trapos y vendas. Trató luego de curarla por sí misma en compañía de su doncella Eduvigis, pero á una y otra les dieron tales náuseas, que se pusieron malas; mas era preciso vencerse, pues la vecina que la curaba alguna que otra vez, estaba con dolores reumáticos. Pidióle á la Virgen de los Dolores que, si era su voluntad que asistiese á la pobre enferma, le quitase aquel asco, y le diera fuerzas para curarla. Cuando puso manos á la obra al día siguiente, notó con admiración que, á pesar de la gran repugnancia, no se ponía mala como el día anterior; pero su doncella sí. Tomó la resolución de curarla dos veces al

día, y logró verla tan aliviada, que ya se vestía por sí sola y las úlceras le fluían poco y con menos hedor. Pero, con gran sorpresa, la halló un día muy mala y con unas llagas moradas y negras de carácter canceroso. Sorprendida á vista de tan inesperado retroceso, acudió á consultar al oráculo de siempre, al Santísimo Sacramento, y poner el éxito en manos de la Santísima Virgen: entonces sintió una voz interior que le decía:—¡Yo te la curaré!

Al ir á verla, le hicieron observar las vecinas que, si moría la enferma sin asistencia de médico, y sabían que ella la medicinaba, le harían declarar ante el Maire, y quizá le exigieran responsabilidad. En aquel apuro le ocurrió acudir á un médico alemán y protestante, llamado Werstheim, que frecuentaba la casa, y con quien solía discutir algunas veces, pues era hombre de cierta rectitud de ideas. Accedió gustoso el médico, y así que la vió dijo que no había remedio para ella, pues la gangrena estaba declarada; y tranquilizó á la Vizcondesa, ofreciéndole firmar el certificado de su defunción, que consideraba muy próxima. Díjole entonces al médico, que no habría que ponerla, pues estaba segura que la Virgen de los Dolores la había de curar.

—¡Oh! dijo el médico, si se cura voy á creer en la Virgen y en sus milagros!

Y así fué, pues á los ocho días, sin más remedio que el árnica, estaba ya buena y las úlceras cicatrizadas, con gran sorpresa del médico alemán, á

quien no había dejado verla en los días anteriores. Quedó éste tan sorprendido del resultado, que confesó en la embajada, que no se lo explicaba, y que en adelante, acudiría á la Virgen en sus apuros. La cosa metió ruido; varios de los amigos que acudían á la embajada le dieron socorros para la pobre enferma, y en adelante la piadosa Vizcondesa tuvo menos obstáculos para sus obras de caridad. Averiguó también que el retroceso había consistido en que la enferma había dejado de usar el árnica, dándola á la vecina, la de los dolores reumáticos; que con ella había sentido alivio, aunque los facultativos hallaban el remedio poco adecuado para tal enfermedad.

Visitaba también á una pobre trapera, anciana y enferma, cuya visita le causaba gran repugnancia, por la hediondez de su cuarto y la calidad de aquella mujer; mas hacía todo lo posible por reprimir su orgullo y dominar su natural repugnancia. Vivía la trapera en una buhardilla muy sucia, rodeada de los montones de sus trapos y residuos recogidos entre las basuras de la calle. Tenía á un lado los trapos de hilo, á otro los de algodón, clavos, cuerdas, mendrugos de pan y otros objetos á este tenor, todos sucios. Se mantenía de los mendrugos que recogía, y dormía sobre un montón de trapos, y con todo, era de esos pobres que *dan lecciones* á sus visitantes, pero lecciones prácticas de paciencia, humildad y conformidad con la voluntad divina, de modo

que la Vizcondesa se complacía en oírla hablar de Dios , y decía — « ¡ Qué ejemplo me da esta infeliz ! ¡ Cómo sufre su soledad, y con qué paciencia lleva su pobreza y enfermedades ! ¡ Qué buena es ! ¡ Qué contraste con mi orgullo y delicadeza ! » Así es que llegó á tomarle gran cariño , le llevaba algunos regalitos, y leía algunos ratos complaciéndose en hablar con ella. Luego que estuvo buena, tuvo que dejar de verla por algunos días con motivo de otras atenciones. Yendo la Vizcondesa á pié por la calle de la Magdalena (*rue de la Madeleine*) á eso del mediodía, se la halló con su gancho y esportón. Así que la vió, comenzó la trapera á gritar: *la voilà, la voilà*, (ya la veo, ya la veo), y vino para ella, subiendo y bajando los brazos llena de alegría , y la abrazó y dió un beso. Gran rubor produjo esto á la encopetada señora, que á la sazón llevaba un magnífico vestido de terciopelo color de corinto; pues la mucha gente que pasaba comenzó á detenerse y mirar tan extraño espectáculo, añadiéndose á esto la instintiva repugnancia á la suciedad de aquella pobre : pero, reponiéndose de aquel primer movimiento de orgullo y vergüenza mundana, logró vencerse hasta el punto de sonreírse y darle un abrazo, con gran admiración de los transeuntes. La pobre mujer se echó á llorar, y viendo la Vizcondesa que algunos habían pasado de la burla al extremo contrario, procuró evadirse , entrando en la primer iglesia que halló, para dar gracias á Dios del favor que le había hecho en concederle su santa gra-

cia para vencer su repugnancia habitual é instintiva.

Otro pobre que le tocó visitar, era un militar anciano , inválido y abandonado , que además padecía mucho del estómago. Tomóse gran interés por él, y no solamente logró obtener su confianza, sino que le preparó para confesar y comulgar, y le llevó á la iglesia para ello.

El Rey Luis Felipe hacía mucho caso de los memoriales que le daban recomendados por la Vizcondesa, así que concedió una plaza al pobre veterano en el grandioso Hospital de Inválidos. No se debió quedar corto el agradecido militar en contar las virtudes de su ilustre protectora, pues observó ésta, que todos los inválidos que encontraba le hacían el saludo militar con cierto afectuoso respeto.



---

## CAPÍTULO IX.

*Tertulia de la Reina de Francia.—Caida de Luis Felipe y revolución de Paris.— Graves riesgos, y favores del Señor en medio de ellos.*

**M**AS, ay, estos favores humanos habían de durar poco!

El día 11 de Noviembre eran los días del hermano de la Vizcondesa, el Conde de la Vega del Pozo, más conocido en el Cuerpo diplomático y en la Corte con el título de Marqués de los Llanos que le daríamos. El Rey Luis Felipe le convidó á la *soirée* de palacio, á fin de poder felicitarle su cumpleaños. Esta clase de reuniones eran muy serias, aunque se estaba como en familia, y tenían lugar en el cuarto de la Reina. En el centro había una magnífica mesa de ricos mármoles, y en ella los números de colocación eran de ágata. Las Princesas tenían sus números fijos, y la Camarera mayor repartía los intermedios, según las indicaciones de la Reina. El Rey

y los Príncipes estaban en pié, y andaban de una parte á otra conversando con las señoras. A la Vizcondesa le tocó aquella noche estar á la izquierda de la Reina. Esta le habló de cosas de España, mostrándose muy enterada de nuestros usos y costumbres. Precisamente la Infanta Isabel, Duquesa de Montpensier, estaba indispuesta aquella noche.

El Rey le habló muy complacido de los informes que ponía en los memoriales de los pobres; pues resultaban muy ciertos por los que él tomaba reservadamente. Citóle al pobre inválido, y le preguntó:

—¿Cómo fué tomarse V. tanto interés por ese pobre soldado?

Señor, es que padece fuertes dolores de estómago, como yo.

—Ya lo sé, y que V. solía leerle un rato, para consolarle, y que se tomó el trabajo de curarle algunas veces; y le llevó á comulgar.

La Reina le apretó la mano con grán efusión, y también el Rey, cumplimentándole por su caridad.

Una semana después toda aquella grandeza desaparecía como el humo, el día 18 de Noviembre de 1847.

Los Reyes huyeron disfrazados, y lo mismo los individuos de la familia Real, corriendo peligros.

La Vizcondesa se hallaba en San Felipe, oyendo misa, cuando estalló la revolución: quedó la iglesia desierta, pues todos huyeron precipitadamente, excepto ella, que continuó hasta que la terminó el

señor Cura de San Felipe , que era quien la estaba diciendo. Preguntóle su confesada si habría misa en los días siguientes, y le contestó que la diría con sólo que viniera uno á oirla , y que podría entrar por una puerta pequeña que le designó, aunque las principales de la iglesia estuviesen cerradas. Así fué que, á pesar del tiroteo y de las barricadas, pudo oír misa todos los días y comulgar, aunque con riesgo. Alguna vez trataron de cortarle el paso algunos de aquellos forajidos, pero otros la defendieron, diciéndole:—Dejad pasar á esa ciudadana; y aun le daban la mano para trepar por las barricadas, y ponían un tablón para que pasara el foso.

La descripción que hace la Vizcondesa de aquella revolución y del estado de París en aquellos días es palpitante y patética, pudiendo resumirse en una de las frases que usa:—«París parecía un infierno: los revolucionarios no parecían hombres sino demonios. Por todas partes gritos de venganza, alaridos de desesperación, asesinatos, saqueos é incendios.»

Frente á su palacio pegaron fuego á una grandiosa casa de más de cinco pisos: hombres, mujeres y niños se tiraban por los balcones huyendo del fuego, y, al estrellarse en el suelo, eran acabados de matar á bayonetazos, y á veces descuartizados casi vivos. Como no había autoridad, y aquello era el caos, temían á cada paso ser víctimas de igual agresión. A duras penas se pudo llevar á la

Marquesa á la embajada, á fin de que pudiera estar allí con alguna más seguridad y tranquilidad, pues se hallaba enferma. La Vizcondesa se ofreció á quedarse guardando la casa, y los pobres criados le suplicaron de rodillas que no los abandonase. Quedaron allí diez criados y las cuatro criadas españolas. Lo peor para ella fué que quedaron también allí las alhajas de la Marquesa, que valían un millón, y las de la Vizcondesa, que también eran de gran valor; pues tenía todas las de su madre, que eran muchas y ricas, y las había remontado el año anterior, para ponerlas más de moda.

Una noche comenzaron á llamar á la puerta con mucho griterío y fuertes aldabonazos. Los criados franceses y las pobres mujeres se tragaron la muerte, cual suele decirse; pues, aun cuando de día los jefes de barricadas sostenían ciertas apariencias de orden, de noche se daba rienda suelta é impunidad completa para toda clase de fechorías, saqueos y venganzas, que se habían premeditado durante el día.

La Vizcondesa fué la única que tuvo valor para llegar hasta la cancela de hierro que cerraba la verja, sin abrirla. Manifestó á los agresores que aquella era la casa de un representante de España, y que no había allí nadie más que su familia; que ella misma era extranjera, y que ya sabían la orden que había de respetar las casas de los diplomáticos extranjeros. Con eso se retiraron dando algunas disculpas. Todos reconocieron que había sido un gran favor de

Dios y de la Santísima Virgen, pues la Vizcondesa había puesto desde luego la casa bajo su protección, y colocado una estampa de la Virgen María detrás de la puerta.

Cuando fué calmando un poco la revuelta, se aventuró á buscar á la marquesa de Villafranca para llevarla á misa, y aun á visitar á los pobres, valiéndoles esta obra de caridad el ganar para el catolicismo á dos familias protestantes inglesas. Una de ellas era protestante, casada con católico, y ella y su hija eran costureras.

Luego que hubo un poco de orden, vinieron á casa los Marqueses, empaquetaron en ocho días y se prepararon para salir de París, lo cual todavía no era fácil, pues sólo estaba expedito el camino para Londres, y no del todo. Cuando salieron se estaba preparando una jarana para el día siguiente.

El buen señor Cura de San Felipe lloró de sentimiento al despedirse de la Vizcondesa; la cual le cogió el retrato, dejándole en su lugar un cuadro que había pintado igual á otro que había en el sagrario del oratorio de su casa, que representaba al Señor y á San Juan, y que ella destinaba para la capilla de sus Desamparadas.

---



---

## CAPÍTULO X.

*Estancia en Boloña.— Visitas de pobres.— Una víctima de la tolerancia protestante.— Ofrenda de una sortija á la Virgen.*

**A**L llegar al puerto de Boloña (*Boulogne*), no sin riesgos y apuros por la inseguridad de los caminos y alborotos de los pueblos, la Marquesa cayó enferma y fué preciso detenerse allí. El Marqués había sido nombrado Ministro plenipotenciario en Bélgica, y le urgía marchar allá, aunque tampoco en Bruselas había completa tranquilidad. Embarcóse éste para Inglaterra, dejando á la Marquesa con su hermana y criadas instaladas en la mejor fonda del pueblo, y recomendadas á un banquero, contra cuya casa traía letras de cambio. Como la Marquesa, por su estado valetudinario, no podía salir de la cama hasta las doce del día, la Vizcondesa se aprovechaba de toda la mañana para sus devociones y actos de caridad, como en París.

La población era, en su mayor parte, protes-

tante, y de ideas revolucionarias. La dueña misma de la fonda era una señora inglesa, protestante, y muy espetada. Los católicos estaban en minoría y no eran de los más acaudalados. La idea de la caridad era desconocida casi por completo, en una población marítima y mercantil, que está á sus negocios, y que, por añadidura, es protestante en su mayoría; pues, como los calvinistas y luteranos profesan el error de que no se necesitan buenas obras para salvarse, y que basta con la fe para ganar el cielo *de bóbilis*, como suele decirse, no suelen ser muy propensos á dar limosna, y de ahí el que algunos malos católicos, impregnados de sus erradas ideas, propalan á veces contra ella simplezas, que llegan á ser herejías materiales, aun teniendo en cuenta la necedad é ignorancia de los que las vierten.

En el pueblo sólo había dos iglesias católicas; la una en la parte baja de la población, que era la parroquia, y en la alta una capilla de la Virgen.

Desde luego fué á la parroquia y se confesó con el cura. Éste se mostró algo reservado ó receloso. Pidióle ella una lista de algunos pobres para visitarlos y socorrerlos: temióse quizá algún fraude, y parece ser que escribió al cura de San Felipe de París. Ocho días tardó en darle la lista, y ya para entonces la Vizcondesa conocía y socorría á varios. Eran en su mayor parte familias de pescadores infelices, cuyas barcas se había tragado el mar, con padres, maridos, hijos y hermanos, pues el año

había sido muy crudo para ellos, á causa de los recios temporales. El barrio en que vivían, y las casas ó tugurios en que moraban, eran de lo más sucio, repugnante y hediondo que puede figurarse. El asombro de aquellas gentes al ver á una señora elegante entrar en ellos, apiadarse, darles limosna y consolarles, fué sin igual, pues era para ellos espectáculo desconocido y casi inconcebible. Con la lista del señor cura, que en adelante se mostró muy benévolo con la Vizcondesa, aumentóse el número de personas socorridas, las cuales, cuando la veían por la calle, le daban muchas muestras de cariño, con no poca extrañeza de la gente del pueblo, al ver la verdadera *popularidad* de aquella elegante extranjera, rodeada de pescadoras y chiquillos haraposos, á quienes hablaba y halagaba con tanto cariño.

Entre las socorridas era la predilecta una pobre bollera anciana, casi impedida, que vivía en un sótano lóbrego y húmedo. No tenía más que los andrajos que llevaba puestos, ni cama, ni mesa, ni silla: dormía sobre un monton de pajasy se mantenía de vender bollos, con lo que ganaba cuatro á seis cuartos, y con ellos se sustentaba. Y, á pesar de eso, lo mismo que la traperera de París, era una mujer sumamente resignada, y la Vizcondesa se complacía en hablar de Dios con ella, rezar y leerle alguna cosa instructiva, que oía con mucho gusto: por supuesto que, para la lectura, tenía que sentarse en un escalón de la bajada al sótano.

Otra de sus favorecidas en Boloña fué una pobre chica de unos catorce años, que andaba por el patio de la fonda, escuálida y andrajosa. Hacía cuanto le mandaban, y, á pesar de eso, todos á porfía le daban golpes, puntapiés y empellones, que la infeliz sufría con ejemplar paciencia. Veía esto la Vizcondesa desde una de sus ventanas, la cual daba á un patio, y sentía gran compasión por la pobre muchacha. Un día la maltrataron en tales términos, que la infeliz no pudo ménos de llorar amargamente. Indignada la Vizcondesa envió á llamar á la fondista, y le manifestó que extrañaba mucho que se maltratase tan brutalmente á una pobre muchacha en un establecimiento como el suyo. La inglesa le contestó, como la cosa más sencilla del mundo, que era una huérfana sin padre ni madre, la cual se mantenía de los desperdicios de la fonda, pero que todos la odiaban, porque era una *papista* muy terca, que no quería conocer la verdadera religión. La respuesta indignó á la Vizcondesa aun más que la brutalidad y procedimientos empleados para la conversión. Manifestó, pues, á la fondista que desde aquel momento iba á tomar bajo su protección á la pobre huérfana, y cuidar de su educación.

Para no dar un paso en falso, se aconsejó del señor cura. Éste había cobrado ya gran afición á su confesada, de modo que, si algun día se retrasaba ella en venir á la misa, retrasaba también él decirla hasta que llegaba, tanto más, cuanto que

eran pocos los que acudían á oirla, por efecto de las circunstancias políticas. Parecióle bien al señor cura, y, de acuerdo con él, y después de vestirla y asearla, logró que se la admitiera en un Colegio inmediato á París, á cargo de unas religiosas, pagándole dos años de pensión. Encantado el señor cura de esta generosidad, añadió lo necesario para que la tuviesen dos años más, á fin de que, todavía mejor instruida en Religión y labores, pudiese luego entrar á servir en alguna buena casa católica, que bien lo merecía aquella pobrecita *confesora*.

Aunque la inglesa había dicho con despego que le haría mucho favor en quitársela de su casa, pues en ella no quería ninguno que no fuera de su religión, se quedó no poco sorprendida cuando vió que la aristocrática papista española traducía por obras sus creencias y sus ofertas. Conociéndolo la Vizcondesa habló con ella algunas veces, manifestándole las preocupaciones que abrigaban los protestantes contra el Catolicismo, no sólo por ignorar las verdades, sino por las falsas ideas que contra éste y el Papa tenían preconcebidas. Al último le hubo de confesar la fondista, aunque con rubor y reserva, que ella no tendría inconveniente en hacerse católica, pero que no se atrevía por temor á sus hijos y allegados.

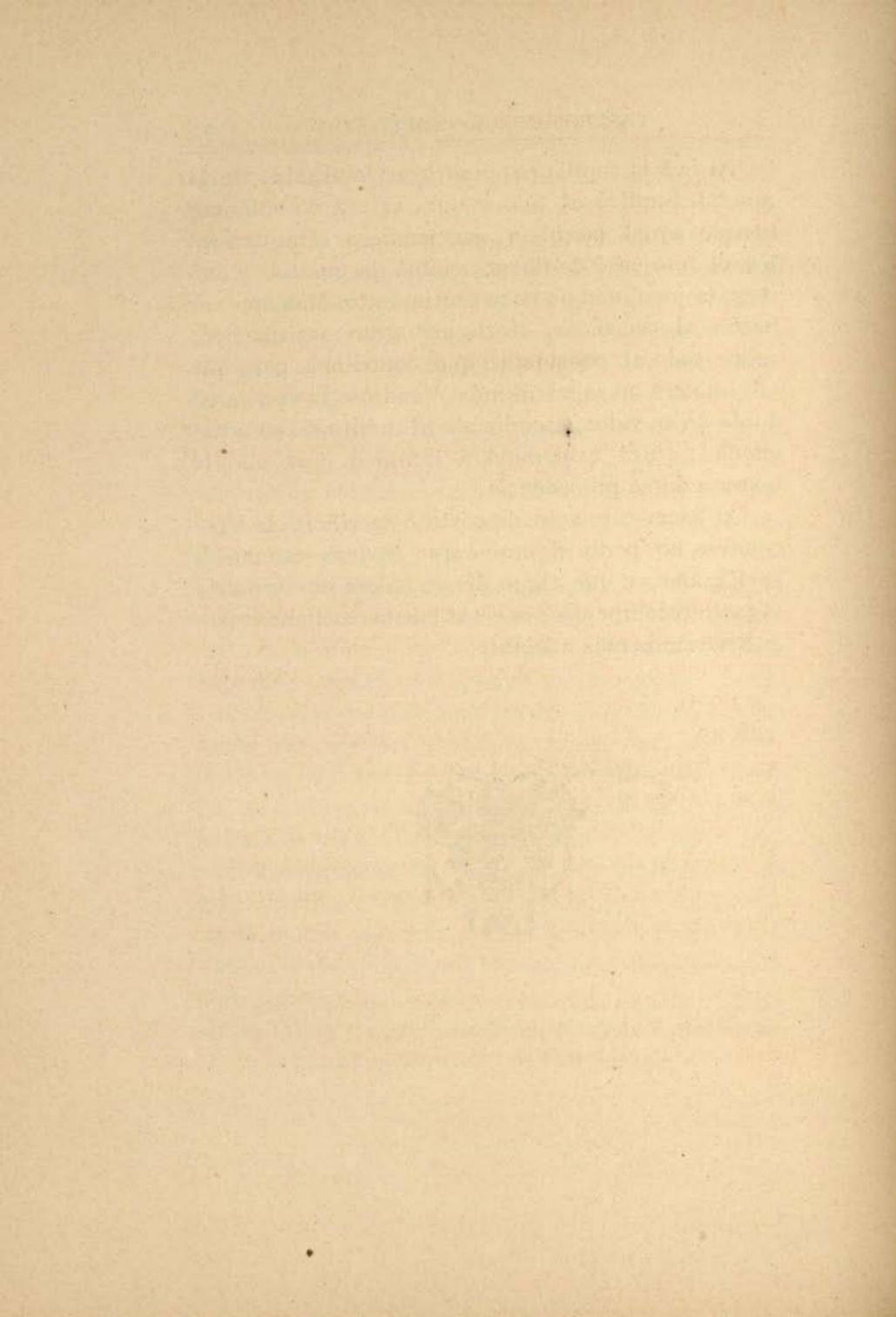
Las pobres viudas de marineros y pescadores á quienes seguía visitando, le contaban la aparición de la Virgen en la montaña que domina la población,

donde tenía una capillita, que era la otra iglesia del pueblo, además de la parroquia. Sentada en un banco, que solía ser prestado, escuchaba la Vizcondesa los sencillos relatos de aquellas pobres gentes, que le ponderaban la belleza de la efigie, su aparición en aquel sitio, y los milagros que hacía. Decidióse á subir á verla. Era la capilla pequeña, pero bonita, revestida de mármoles y jaspes. Una gran claraboya colocada en el pavimento daba luz á una cripta, en que había un devoto Vía-Crucis, con cuadros de bastante mérito. Tratábase de ampliar la capilla, y estaba ya adelantada la obra, pero faltaban los recursos para continuarla, pues los católicos se retraían de dar para ella, á vista de la revolución. Así lo hubo de manifestar á la Vizcondesa, con lágrimas de dolor, el virtuoso y anciano sacerdote encargado del culto en la capilla, el cual á la vez dirigía allí cerca un colegio, donde se educaban varios jóvenes de muy buenas familias. Conmovióse ella con el relato, y acordándose de sus alhajas, que tantos sustos le habían costado, y aun le habían de costar, se echó en cara el no hacer algo para la continuación de la iglesia, sacrificando alguna de ellas. Al efecto, escogió una preciosa sortija de su madre, que ésta apreciaba mucho, pues se la había regalado la Reina María Luisa de quien había sido camarista. Costábale por este motivo mayor dolor el hacer aquel sacrificio, y además era de valor, pues tenía siete hermosos brillantes.

Al ir á la capilla para entregar la alhaja, llovía mucho. Suplicó al Señor que, si era su voluntad hiciese aquel sacrificio, suspendiese el aguacero. En el acto cesó de llover, subió la cuesta, y entregó la joya, con no poco sentimiento. Mas una vez hecho el sacrificio, sintió una gran satisfacción, sobre todo al considerar que contribuía para que allí hubiera un sagrario más. Vendióse la sortija en doble de su valor, atendiendo al mérito de su antigüedad: quizá contribuyera también para ello la historia de su procedencia.

Al hacer este acto de costoso sacrificio la Vizcondesa no podía figurarse que tuviera resonancia en España, y que algún día recibiera en su patria algo de recompensa por estas buenas acciones, según veremos más adelante.





---

## CAPÍTULO XI.

*Estancia en Bruselas.—Relaciones aristocráticas.—La mujer del sastre.—La escalera de cuerda.*

LEGAMOS á Bruselas, dice la Vizcondesa (1), donde nos esperaba mi hermano en un *hotel* muy bueno, que tenía arrendado, pues la embajada no tenía casa. Estaba en la plaza de Cobder, y enfrente á la iglesia, á la cual tenía tribuna el Palacio Real, desde la cual oía misa la Reina los más días sin ser vista.

»Entablé allí el método de vida que llevaba en París. A la cinco me vestía, y en seguida me iba á la iglesia de Cobder, á eso de las cinco y media; otras veces á la de la Magdalena, que estaba á

---

(1) No ha parecido conveniente compendiar este lindísimo capítulo lleno de palpitante interés y de mérito, aun bajo el punto de vista literario.

unos treinta pasos de casa, y en la misma acera, pues el *hotel* tenía la puerta á la calle de la Magdalena. Tenían la iglesia los Hermanos de la Doctrina Cristiana (*Frères chretiens*), y había en ella muchas funciones. Desde las cinco y media á las once y media tenía todos mis rezos; ó por mejor decir oración, pues tenía licencia para dejarlos por aquélla, y se me pasaba este tiempo sin sentir, estando de rodillas todo el rato, sin experimentar gran molestia.

»A las once y media volvía á mi cuarto en la planta baja del hotel, y allí me esperaba ya mi criada, con una bata muy elegante y un adornito de cabeza, hecho todo ello de modo que no se perdiese mucho tiempo, pues todos los lazos y cintas iban cosidos, de modo que me vestía en cinco minutos, cual convenía, para subir al cuarto de mis hermanos, que salían entonces para almorzar con el secretario, señor Sancho, y los agregados, que eran cinco ó seis (Romano, Pizarro, Caballero y Azara), que todos almorzaban y comían con nosotros diariamente. A las doce y media nos hallábamos todos á la mesa, á toque de campana, y duraba el almuerzo una hora. Recibía en seguida el plan de vida para el resto del día. De cinco á siete era lo común ir de visitas, ó á paseo, y á este tenor arreglaba mi vida.

»A los dos ó tres días empecé á dar pasos para buscar confesor, y me dirigieron al Sr. Dean, porque los PP. Jesuitas estaban lejos, y además los de San Miguel no creyeron conveniente se dijera

que confesaban á la hermana del Embajador de España, y yo también lo comprendí así. Como allí no había costumbre de comulgar diariamente, este señor, que era de edad proveya y muy respetable, me dijo que no tenía costumbre de concederlo, que no comulgara en dos días, y que al tercero volviese. Fuíme á una capilla grande y oscura de la Catedral de Santa Gudula (1). Iba yo vestida de negro, como es allí costumbre ir á la iglesia. Estaba yo llena de sentimiento, dando mis quejas al Señor, aunque muy resignada, pues que no hallaba medio de que aquello se arreglara como otras veces, pues allí nadie me conocía, ni aun el confesor. Estando yo embebida en estos pensamientos, y como si desafiara al Señor para ver que remedio hallaba, siento de pronto darme unos golpecitos en el hombro. ¡Cuál sería mi sorpresa al ver que era el señor Dean, el cual me decía:—Vaya V., hija mía, vaya V. á comulgar. He tenido gran pena por haberle quitado á V. la Comuni6n. Búsqieme V. mañana en el confesonario y hablaremos. ¡Qué gozo sentí! Llena de gratitud ofrecí al Señor serle siempre fiel, pues tanto lo era conmigo, sin merecerlo yo en nada.»

«Díjome al día siguiente, que había sentido tal

---

(1) Ahora Colegiata. La capilla sería probablemente, y por las señas, la preciosa donde se conserva la sagrada Forma, acuchillada por los judíos, y de la que brotó sangre.